

EL CONCEPTO DE PERSONA HUMANA EN KAROL JÓZEF WOJTYLA

ANDRÉS FELIPE LÓPEZ LÓPEZ

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
FACULTAD DE FILOSOFÍA
FILOSOFÍA
MEDELLÍN
2010

EL CONCEPTO DE PERSONA HUMANA EN KAROL JÓZEF WOJTYLA

ANDRÉS FELIPE LÓPEZ LÓPEZ

Trabajo de grado para optar al título de Filósofo

Profesor

IVAN DARÍO CARMONA

Magister en filosofía

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

FACULTAD DE FILOSOFÍA

MEDELLÍN 2010

Nota de aceptación

Firma

Firma

Medellín, 14 de octubre del 2010

**A la memoria de Karol Wojtyla, el hombre, el filósofo,
el profesor, el Papa, el santo...**

AGRADECIMIENTOS

El autor expresa sus agradecimientos a:

La Universidad Pontificia Bolivariana por su amparo y formación académica, que me condujeron en adelante a la defensa del humanismo cristiano.

Al profesor Iván Darío Carmona Magister en filosofía, mi asesor en el desarrollo del trabajo de Grado.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	12
1. LA HIPÓTESIS Y EL SUPUESTO FILOSÓFICO, ANTROPOLÓGICO, FENOMENOLÓGICO Y CULTURAL COMO HORIZONTE DE COMPRENSIÓN QUE POSIBILITA Y MEDIA EL ESTUDIO DE LOS ESCRITOS DE KAROL JÓZEF WOJTYLA.	14
1.1 LA CATEGÓRICA INFLUENCIA DE MAX SCHELER EN LA ANTROPOLOGÍA Y LA FILOSOFÍA DE KAROL WOJTYLA.	15
1.2 EL INFLUJO DE EMMANUEL MOUNIER EN LA FILOSOFÍA Y ANTROPOLOGÍA DE KAROL WOJTYLA.	18
1.3 LA ESCUELA FILOSÓFICA DE KAROL WOJTYLA.	21
1.4 KAROL WOJTYLA, HIJO DE UNA NACIÓN, DE SU HISTORIA Y DE SU CULTURA.	23
2.0 LA VERDAD DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y SENTIDO AXIOLÓGICO DEL TÉRMINO.	29
2.1 LOS RETOS DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO PARA EL PERSONALISMO HUMANISTA, DE NATURALEZA Y MODO CRISTIANO.	31
2.1.2 Alternativa del humanismo de Wojtyla frente al relativismo moral y la crítica acérrima a las verdades éticas en la posmodernidad.	33

3. EL PERSONALISMO DE KAROL WOJTYLA.	37
3.1 KAROL WOJTYLA, SU VISIÓN DEL HOMBRE.	41
3.1.2 La verdad sobre el hombre.	47
3.1.3 La verdad sobre la mujer.	49
3.1.4 La verdad de la vida humana.	53
3.2 LA VERDAD DE LA FAMILIA Y EL MATRIMONIO.	55
3.3 EL SENTIDO DEL DOLOR Y EL SUFRIMIENTO, Y LA BUSQUEDA DE LA PLENITUD.	61
4. EL HOMBRE EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO.	66
4.1 EL SENTIDO DE LA VIDA EN LA RELACIÓN DEL HOMBRE CON EL OTRO.	67
4.2 EL AMOR, FUNDAMENTO INEXORABLE DE LA NORMA PERSONALISTA: “NO SERVICE DEL OTRO, NO UTILIZARLE”.	69
5. CORRESPONDENCIA ENTRE VERDAD Y LIBERTAD EN LA VIDA HUMANA.	71
5.1 EL AMOR, EL CUERPO Y LA VIDA, UNA MIRADA DESDE LA ÓPTICA DE KAROL WOJTYLA.	74

5.2 ESTRUCTURA CENTRAL DE LA PERSONA Y LIBERTAD.	78
6. CONCLUSIONES.	82
BIBLIOGRAFÍA.	84

RESUMEN

Es oportuno, pertinente y urgente señalar en el mundo contemporáneo una opción filosófica que apueste y se arriesgue con osadía si es necesario, a encarar el ambiente en el que las sociedades contemporáneas se desenvuelven hoy, en el que atisba la reducción de la dignidad de la persona humana y mengua la decencia con la que los seres humanos racionales y conscientes convendría sustentaran toda relación con el otro, con el mundo y con su misma persona, produciendo una peligrosa despersonalización de los contextos, realidades y medios en los cuales el ser humano desarrolla, desentraña y despliega su existencia y su vida.

La opción antropológica que subyace al personalismo de Juan Pablo II no es igual a la que fundamentó las reflexiones anteriores, elementalmente dualista y androcéntrica que amparaba la superioridad del hombre sobre la mujer, que se procuraba la salvación sola del alma mientras argüía el valor y el sentido del cuerpo despreciándolo a la vez. La óptica filosófica y antropológica de Karol Wojtyla es paradigmática, erguida sobre la concepción del hombre como una realidad integral, como seres humanos concretos, situados en la historia, en el mundo, en la cultura, con los otros y con Dios; que el mundo se humaniza cuando nosotros lo humanizamos a través de nuestros actos como persona y lo transformamos a través del trabajo; que a través de la existencia dialogal inherente al ser del hombre nos realizamos y que con el cuerpo sexuado que poseemos nos comunicamos; que el hombre es original, radicalmente único, irrepetible y hacedor de su propia existencia, en proceso de perfección, porque somos seres inacabados, siempre catapultados por las ansias irrevocables de conocer, comprender y desvelar el misterioso enigma que nosotros mismos evocamos, que nos lleva a dirigir y encauzar la mirada interrogante a este ser que somos y al mundo en el que estamos. De esta manera se entiende el orden en el que intento armonizar la síntesis que me propongo y entusiasmo

conseguir, investigando e indagando en el primer capítulo los influjos teóricos y las realidades que dieron forma al pensamiento personalista de Karol Wojtyła, para posteriormente, en el segundo capítulo, explayar la visión que del complejo mundo contemporáneo en el que se encuentra inserto el hombre nuestro autor testimonió, apartado que tiene el propósito de hacer dócil la agudeza de la reflexión referente a la persona humana en Karol Wojtyła y así abordar las verdades proclamadas por él sobre el hombre en el mundo en el capítulo tercero, además del papel del amor, la libertad, el cuerpo, la razón y la conciencia como categorías fundacionales del personalismo humanista cristiano que secundó con esperanza el autor, las cuales abordaré en los dos últimos capítulos del texto.

Palabras claves: personalismo, humanismo, antropología, verdad, amor, libertad.

INTRODUCCIÓN

El edificio cognitivo erigido, escrito y expresado por Karol Wojtyła a lo largo de su vida tiene por cimiento el germen filosófico y antropológico personalista, que entrecruza toda su producción como hombre y como pensador; personalismo humanista de carácter cristiano del que se hizo su máximo autor, decantando y afinando las reflexiones de Tomás de Aquino, Max Scheler, Emmanuel Mounier, Gabriel Marcel, etc. Tal filosofía es tema obligado de abordar en este trabajo, para poder generar una síntesis y esbozar los puntos más relevantes en lo que al asunto sobre el concepto de hombre tuvo el pensador, mediante una lectura íntegra y profunda de las propuestas e ideas del profesor y Papa polaco, defensor de la dignidad de la persona humana desde el flanco de la filosofía a la que estaba inscrito; además de averiguar y consultar los autores rastreados e interpretados por Karol Wojtyła que influyen y permean su pensamiento, a la par y con la misma intensidad, que lo hicieron la época y el contexto cultural que tuteló su vida, desde su nacimiento hasta su partida rumbo a la patria celestial, estas últimas, época y cultura, también son objeto de estudio. Con tal fin, trazaré las categorías más significativas y elementales sobre las que nuestro autor reiterativamente retorna, como un afán incisivo por la justa valoración de la dignidad de la persona, asunto eminente y vertebral en un mundo cada vez más hermético e insolidario.

Esta reflexión en la cual me embarco, a manera de trabajo de grado, pretende, ensaya y procura responder también a la cuestión sobre el aporte del Papa Juan Pablo II a la Filosofía personalista; a la cual dirigió relevante y apasionado interés, y vehiculó toda su reflexión y posterior producción escrita desde mediados del siglo pasado, en medio del desempeño de sus facultades como maestro y ministro de la Iglesia Católica en sus variadas manifestaciones. Filosofía que condujo con extraordinaria genialidad e inspiración, como una alternativa que hace frente a los azares y avatares caóticos de un relativismo moral a ultranza y el utilitarismo circundante de la época, que cosifica el ser del

hombre reduciéndolo a objeto o medio para llegar a fines, situación que mina la dignidad inherente a la esencia misma de la persona. Señalaré los alcances de la labor filosófica y antropológica de Karol Wojtyla desde el concepto de persona humana, en el ámbito de la Filosofía personalista que apuesta y defiende el valor superlativo del hombre, como ser único e irrepetible, creado, social, capas del bien y del amor, versus el profundo agnosticismo, desilusión y pesimismo de sí mismo, producto de las guerras y los nuevos sistemas que en ocasiones oprimen y avasallan el espíritu humano. Al mismo tiempo, durante el transcurso y desarrollo del texto me propongo identificar el significado de la vida humana según el autor, al rastrear toda la realidad del hombre impresa en cada uno de sus roles y actos más relevantes y esbozar la verdad del hombre en el mundo, proclamada por Juan Pablo II desde la inauguración de su pontificado.

A lo largo del desarrollo del trabajo, e inmerso en cada uno de los apartes constituyentes de la investigación, gradualmente se irá respondiendo a las demandas propuestas desde los objetivos planteados. Para tal fin elaboraré una lectura intertextual de los escritos de Karol Wojtyla con autores estrechamente relacionados al tema designado; procurando siempre el diálogo, la discusión y la escucha de las ideas planteadas, dando preeminencia al discurso que a Juan Pablo II refiere, para elaborar un texto bien logrado del pensamiento del autor acerca de la persona humana.

1. LA HIPÓTESIS Y EL SUPUESTO FILOSÓFICO, ANTROPOLÓGICO, FENOMENOLÓGICO Y CULTURAL COMO HORIZONTE DE COMPRENSIÓN QUE POSIBILITA Y MEDIA EL ESTUDIO DE LOS ESCRITOS DE KAROL JÓZEF WOJTYLA.

La sensación y la impresión que he percibido siempre que leo la producción escrita y oral que dejó Karol Wojtyła* consiste en una permanente insistencia sobre la cuestión del hombre, “la verdad del hombre” como varón y mujer y sus distintos roles como padre, como hijo, como hermano, como ser social, creado, único, irrepetible, complejo, real, necesario, etc.

Me entusiasma indagar los influjos que a Karol formaron racionalmente y que le dieron la óptica antropológica personalista, con la que colorea y armoniza sus escritos y su magisterio papal. La impronta y la estela más relevante que se encuentra en el fondo de su pensamiento tiene por designación, el nombre de dos pensadores que fueron objeto de su interés durante su formación, conocidos como Max Scheler y Emmanuel Mounier, que lucharon mediante las palabras dichas y las escritas por sustentar el valor superlativo de la persona, superior a cualquier sistema o hipótesis que subleve irrealmente el desarrollo económico, técnico y material bajo la supuesta idea de bienestar, aprovechamiento y goce máximo del mundo como proveedor eterno de bienes, servicios y lujos. En todos y en cada uno de los expositores de esta filosofía personalista, está presente de maneras muy diversas y en algunas ocasiones no de forma muy visible o perceptible la fenomenología, el existencialismo y la raigambre escolástica**.

* A lo largo del desarrollo de ésta reflexión, me aventuraré y atreveré a alternar y citar distintas maneras en las que a Juan Pablo II se lo conoce, ya sea su nombre propio y/o de pila, o las categorías y expresiones que hacen referencia a su ministerio y pontificado.

** Cabe citar al mismo Papa Wojtyła, que afirma y reconoce en Kant uno de los bastiones del personalismo ético moderno, por ser él quien formuló sus primeras bases. En: JUAN PABLO II. Memoria e Identidad. Santiago de Chile: Planeta. 2005, p. 53.

En un tiempo gris, de implacable secularización y agnosticismo, su determinación incesante y coherente mensaje consignado en cada uno de sus escritos, libros o documentos, que empezó a publicar desde 1951 cuando era profesor de teología moral y ética social en el seminario mayor de Cracovia y la facultad de Teología y Filosofía de la Universidad de Lublin, han heredado una huella muy honda e indeleble no solo en el mundo Eclesiástico, sino también en los aires académicos y los vientos de la Filosofía, sobre todo en aquellos que nos encontramos como sorprendidos, sobrecogidos e interrogados por la sorprendente cuestión producto de la experiencia humana, experiencia la cual es motivo, motor y fin de no pocas disciplinas.

1.1 LA CATEGÓRICA INFLUENCIA DE MAX SCHELER EN LA ANTROPOLOGÍA Y LA FILOSOFÍA DE KAROL WOJTYLA.

La idea de que la persona es un valor por sí misma es el candil en llamas que ilumina toda comprensión sobre la teoría de los valores scheleriana y toda su filosofía personalista, al considerar que los valores no son en ningún caso propiedades sino objetos en sí mismos, diferentes de los objetos reales y los ideales; así, ésta concepción de los valores los ubica fuera del tiempo y del espacio y por lo tanto son indestructibles e inmutables, lo que varia es el conocimiento y la aprehensión que la razón hace de ellos; son además independientes a los bienes que los portan y a las mentes que los interpretan; no necesitan un “yo” que los perciba y experimenta para que sean.

El punto de partida de Scheler consiste en la elaboración de una crítica al formalismo ético kantiano del puro deber, aunque está de acuerdo con él en que existe el conocimiento de lo *a priori*, y que éste carácter lo tienen las proposiciones ideales que se dan con independencia del sujeto que las piensa, le discute acerca de que los juicios que elabora el entendimiento no son los constituyentes elementales del conocimiento *a priori*, sino mas bien las esencias percibidas. En este mismo sentido, lo *a priori* no coincide con lo

formal, sino que existe también un **a priori** material portador de contenido: el valor, cuya percepción es objetiva e intencional, por lo tanto es falsa la teoría Kantiana según la cual todo lo que ahora es, ha tenido que ser producido por el entendimiento; el concepto de *a prioridad* no necesariamente tiene que estar relacionado con la condición racional humana; los valores por tanto son un **a priori**, aprehendidos no al modo de conocimiento intelectual sino emocionalmente, por medio del *percibir sentimental intencional* y se relacionan entre sí mediante un orden jerárquico, en cuyo nivel mas inferior se encuentran aquellos que se refieren a lo agradable y su opuesto; en la cumbre de tal jerarquización ubica a los valores vitales, luego a los espirituales (lo bello y lo feo, lo justo y lo injusto) y los religiosos (en términos de lo sagrado y lo profano). Los niveles ordenados y subordinados al modo jerárquico en los que se despliegan todos los valores son captados mediante un acto determinado axiológico al que Scheler designa *preferir*, en el que los valores son entendidos en relación con los otros por su superioridad frente a otro, advirtiendo que el contenido, el rango y los valores en sí mismos son relativos no más que en la conciencia que el hombre tiene de ellos.

La axiología scheleriana es personalista; discípulo de Rudolf Eucken y probablemente el alumno más lucido y relevante del fundador y precursor del método fenomenológico Edmund Husserl, porta un inextinguible y notorio interés en salir al encuentro de *las cosas mismas* y el modo para hacerlo mediante la descripción fenomenológica. Método que, aplica con genialidad al campo de los valores. Scheler, arremete en contra del relativismo implícito en la interpretación subjetivista de los valores, y ante la necesidad preponderante e imperante de un orden moral sólido, discute y arguye acerca de la objetividad del valor, es decir que en términos axiológicos encuentra un fundamento objetivo, tangible y **a priori** de la ética; no pueden ser confundidos los valores, ni con cosas ni con bienes. Para el alemán¹ la persona existe mediante la realización de sus actos, por lo tanto el hombre no es mera sustancia ni una

¹ SCHELER, Max. "Ética". Revista de Occidente. 1941. p. 59. Citado por CORPAS de POSADA, Isabel. Juan Pablo II leído con ojos de mujer. Bogotá: Bonaventuriana, 2007 p. 46.

cosa, sino más bien un complejo y/o compuesto de actos de muy variada naturaleza.

Su encuentro con Husserl en Halle en 1902, lo convertiría posteriormente en uno de los representantes más celebres de la fenomenología alemana. La ética de Scheler se encuentra inmersa en la discusión de dos filosofías contrarias, la de E. Kant y la de Nicolai Hartman. Propone en contraposición a la ética apriorística y formal Kantiana, una que sea apriorística pero material, porque existen valores universales y necesarios que son al mismo tiempo materiales; se aleja del formalismo moral Kantiano; frente Hartman, apologiza los derechos del sujeto y los derechos que juzga vitales de la vida moral, advirtiendo el peligro de sesgar la vida moral al contenido objetivo de los valores.

La persona nos es el resultado de las ecuaciones o circunstancias sociales; la persona que tiene conciencia de sí mismo, de que es y de que existe, otorga sentido y orden* a las cosas mediante la objetivación del mundo, de una manera dinámica porque dinámico es el mundo en el que vive, nunca estático; así, directamente proporcional a las transformaciones que le circundan, propone, renueva o reformula el sentido de las cosas**. De esta manera, se aleja de la hipótesis de que la verdad sin más es solo el ejercicio de adecuación y acuerdo de un sujeto pensante con un objeto determinado, ya que las características constitutivas del ser mismo son diferentes para cada persona; la verdad es una verdad personal, y no la concomitancia entre la proposición, que es la traducción de un juicio, y la naturaleza de la cosa más la estructura de la cosa objetivada; tampoco cabe decir en Scheler que la verdad es la válida universal y conjunta de una hipótesis o proposición; la verdad tiene, en el alemán, su fundamento en la ética, mediante una declaración axiológica, la verdad es una verdad ética.

* Objetivar y ordenar el mundo y su propia vida es una de las propiedades y características que supone Scheler a la persona, y siguiendo a Husserl, afirma que ella misma es: inobjetivable, autónoma y regente incluso de la dinámica y los procesos biológicos, orgánicos y Psicológicos.

** Es decir que la existencia concreta del hombre no se capta con conceptos estáticos.

A través de la descripción del fenómeno del sentimiento que emitimos y formulamos más arriba, halla el orden en el que se subordinan los valores y mediante ésta misma descripción arriba hasta su último fundamento, la persona, capaz de amar y de optar por el bien; así fundamenta la necesidad de la existencia de Dios y la dimensión suprema o trascendente, inherente al ser humano; de esta manera interpela al hombre despersonalizado con idealismos y positivismo a vivir de una manera auténtica, original y plena, en medio de la angustia e inseguridad que supone la experiencia de libertad que le desborda y se le impone en relación con los otros.

La existencia corporal, el concepto de verdad, la relación correspondiente a la persona y al acto, la libertad y el concepto de responsabilidad son constituyentes en las posiciones y líneas antropológicas de Wojtyła, junto con la considerada por él mismo novedosa visión de Scheler acerca de la filosofía Aristotélico-Tomista. Fue en la Universidad Católica de Lublin donde el Papa se doctoró en Filosofía, se acercó e hizo suyos los tonos, el discurso y el tenor literario del Alemán con la elaboración de la tesis bautizada con el nombre de "Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler", la cual se convertiría posteriormente en el primer libro de Filosofía en su haber²; reflexión que además de ser hecha por un hombre tocado por la gracia y la fe, es ampliación, aporte y construcción nuevo del pensamiento ético de una Filosofía personalista de carácter cristiano.

1.2 EL INFLUJO DE EMMANUEL MOUNIER EN LA FILOSOFÍA Y ANTROPOLOGÍA DE KAROL WOJTYLA.

E. Mounier nunca pretendió elaborar una definición sistemática y universal de la persona, porque su preocupación no consistía en ello, sino más bien en acercarse al misterio que entraña la persona misma, en su relación y apertura

² WOJTYLA, Karol. Max Scheler y la ética cristiana. Madrid: BAC, 1982.

con el mundo, con el otro y con Dios, su búsqueda insaciable de plenitud, realización y felicidad; experiencias todas que afirman del hombre la constante tensión en la que vive, y al mismo tiempo lo rebasan.

La teología y el magisterio doctrinal de la Iglesia Católica del siglo XX bebieron de las reflexiones de Mounier, con las que en cierta medida se articularon las categorías y conceptos de temas que posteriormente serían abordados por el Concilio Vaticano II, por Pablo VI y por, claro está, Juan Pablo II; me refiero a cuestiones como la dignidad de la persona, la libertad, la comunicación como experiencia que derrota los individualismos, la realización plena de la persona, la unidad entre cuerpo y espíritu, la vocación del hombre, etc.

Aunque no hace definiciones finales o categóricas del hombre, si se aventura y arriesga a describir cómo lo concibe y entiende. En el sustrato elemental o cimiento íntimo del hombre mismo su estructura de persona consiste en un adentro que necesita inexcusablemente un afuera³, alternativa inversa a fenómenos hoy designados como egocentrismo, narcisismo e individualismo; de manera que el hombre se humaniza cuando humaniza el mundo, llamado a la existencia dialogal, relación tal que posibilita su realización⁴, porque la realidad inacabada que somos vista desde la categoría de proceso es posible porque el universo objetivo encuentra en nosotros su centro, núcleo y eje de reorientación*.

La trascendencia de la persona como existencia encarnada, es el punto más reiterativo del francés; es el discurso mediante el cual se planta categóricamente versus el relativismo y el objetivismo impersonal de los valores, se separa y distancia filosóficamente de Sócrates, René Descartes y E. Kant, de la antropología secundada por el cristianismo por un tramo de

³ MOUNIER, Emmanuel. El personalismo. Bogotá: Nueva América, 1981. p. 33. Citado por CORPAS de POSADA, Isabel. Juan Pablo II leído con ojos de mujer. Bogotá: bonaventuriana, 2007 p. 50.

⁴ Ibid., pp. 50-51.

* Es decir "movimiento de personalización". En: MOUNIER, Emmanuel. El personalismo. Bogotá: Nueva América, 1981. p. 24. Citado por CORPAS de POSADA, Isabel. Juan Pablo II leído con ojos de mujer. Bogotá: Bonaventuriana, 2007 pp. 49-52.

tiempo no corto, fundada en el dualismo: materia y espíritu, cuerpo y alma. En la expresión “existencia encarnada” sintetiza en la existencia personal del hombre trascendencia e inmanencia; ésta última, hace referencia a que inmerso ineludiblemente se encuentra el hombre en la naturaleza, en la historia y en el mundo, pero al mismo tiempo es trascendente a la naturaleza, y por eso es la forma superior de la existencia. El hombre es una totalidad material, porque es todo cuerpo, pero también, es todo espíritu. Así restablece el concepto de dignidad, inherente y esencial a la persona, que filosofías existencialistas ateas rechazaron; por eso argumenta que la persona no es una célula, ni siquiera de carácter social, es una cumbre, sino la más alta, de donde parten todos los caminos del mundo.

La dimensión social y la libertad son temas estrechamente relacionados en la obra de Mounier; solo es libre quien es responsable⁵; acto de responsabilidad que está ligado al compromiso, porque a su vez solo se compromete quien es libre⁶. La libertad es la afirmación de la persona, porque es ella misma quien elige ser libre, acto seguido a descubrir y adquirir conciencia de que la libertad es un don que se le propone, para indagar y encontrar por si mismo su vocación y como consumarla⁷; tal realización bajo ninguna circunstancia o modo implica el exterminio de la existencia del otro ni de su propia realización, y nunca mediante individualismos que aíslan al hombre del otro por quien se hace y se conoce*.

Mounier a lo largo de su obra, en su evidente preocupación por la deshumanización del hombre producto de los cambios y transformaciones que padeció el mundo como resultado de los hechos que transcurrieron a finales del siglo XIX y principios del XX, critica y reprocha al cientificismo y el positivismo, que por el auge del materialismo intelectual y la ciencia

⁵ MOUNIER, Emmanuel. Manifiesto al servicio del personalismo. Madrid: Taurus, 1972. p. 71.

⁶ Ibid., p. 71.

⁷ Ibid., p. 71.

* Es decir que la persona es presencia dirigida hacia los otros mediante relaciones interpersonales y la interacción comunitaria. En: MOUNIER, Emmanuel. El personalismo. Bogotá: Nueva América, 1981. p. 53.

experimental afirmaban que el único conocimiento válido es el que tiene por objeto el mundo material, negando en la persona su inherente posibilidad de trascender el mundo de la naturaleza en relación con Dios; al capitalismo le discute la defensa a ultranza del derecho a la propiedad privada abanderada por una supuesta libertad que no hace más que separar al hombre del hombre, desolidarizándolo y haciéndolo egoísta e individualista; al marxismo, nazismo y fascismo arremete en contra suya por sus peculiares concepciones acerca de lo humano, excitándolo con aires de superioridad racial o como manifestación concreta de un espíritu absoluto, justificaciones que desembocarían después en totalitarismos abruptos y salvajes que oscurecieron el cielo del mundo durante décadas.

1.3 LA ESCUELA FILOSÓFICA DE KAROL WOJTYLA.

Desde 1954 hasta 1961, Wojtyla desempeña funciones académicas y docentes en la Universidad Católica de Lublin, siendo entre otras asignaturas, profesor de ética, en las que cuyo punto de partida tenía la figura de Tomás de Aquino como regente, y observó que la respuesta que ésta influencia tomista le ofrecía sobre las demandas impartidas de cuestiones intelectuales y sobre todo existenciales, en parte resultaban ser insatisfactorias y en algunas circunstancias inconvenientes.

Gracias al acercamiento que hace a Max Scheler, de alguna manera se libera del miedo de pensar que la ética podía perfeccionarse sin desertar de los principios de la filosofía clásica y de la fe cristiana; se percata entonces de la existencia de algunos puntos no muy bien planteados y que hacían de su ulterior interpretación un problema entre nieblas. Plantea entonces la posibilidad, junto a la antropología personalista, de integrar el tomismo con la fenomenología mejorada por el mismo, a la que académicos como, solo por mencionar algunos, Stanislaw Grygiel, Jozef Tischner, Marian Jaworski,

Tadeus Styczen, Jerzy Kalinowski, Marian Kurdzialek, Feliks Berdnarski y Stanislaw Kaminski se le unieron, para conformar la *Escuela Ética de Lublin*, la cual motivó la producción posterior de la colección de una serie de artículos que se han traducido al español y sintetizado con los títulos de *Mi visión del hombre*⁸, *El don del amor*⁹, y sobre antropología con el título *El hombre y su destino*¹⁰, en las que analiza y contrasta las posiciones de autores como Tomás de Aquino, Emmanuel Kant, D. Hume y Max Scheler; por ejemplo declara que la concepción que de la persona se encuentra en los textos de Tomas de Aquino es de carácter objetivista, o sea que desecha o al menos no hurga sobre una realidad que en Wojtyla en cambio es muy rica, la experiencia.

Wojtyla, fruto de las discusiones en la escuela de Lublin, y particularmente es una actitud muy de estilo Scheleriano, apuesta por una justificación de la ética, haciéndole batalla al hedonismo, el empirismo de Hume, y al apriorismo Kantiano que planteaba un terminante formalismo moral carente de contenidos, al cual también Scheler impugnó. La ética, no es el resultado de estructuras que se encuentran en el exterior de la persona y menos es una construcción sistemática racional que presionada por tensiones sociales resulta, más bien brota de la experiencia moral y la experiencia del deber, que son principios reales y originarios que todo hombre conserva y que consisten en el **factum** del bien y evitar el mal, no al modo kantiano en las que tales experiencias son concebidas como el fruto de la estructura formal de la razón práctica.

Ad versus al positivismo, que construye sus posiciones solo con base a lo dado, a los hechos, señalando la fundamentación de la ética Wojtyla le presenta y enseña precisamente un hecho, que es la experiencia de la moral como hecho humano, la cual, por ser experiencia es constatable y no necesitada de demostraciones; no es precisada por la demostración pero si por la explicación, porque la moral se justifica a sí misma en la medida en que ésta

⁸ WOJTYLA, Karol Józef. *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*. Madrid: Palabra, 1998.

⁹ WOJTYLA, Karol Józef. *El don del amor. Escritos sobre la familia*. Madrid: Palabra, 2003.

¹⁰ WOJTYLA, Karol Józef. *El hombre y su destino. Ensayos de antropología*. Madrid: Palabra, 2005.

existe; si los hombres conciencian qué es el bien y qué el mal, experiencia que es común a todos, lo hacen porque interiormente lo han experimentado; por tanto la ética es autónoma con respecto a otras ciencias, incluso de la metafísica, puesto que no toma de alguna de ellas los contenidos, más bien se alimenta de la experiencia antropológica que es originaria de contenidos.

La moral para Wojtyla no puede restringirse a un elenco de normas a las que la persona acata autoridad, deben fundamentalmente implicar e involucrar emocional y vitalmente a la persona, sino ella termina elaborando una especie de repudio y cansancio a la sola regla, a las cuales concibe y capta exclusivamente como exigencia coercitiva que le viene dada desde el exterior la cual no se encuentra justificada de manera conveniente ni completa; la acción ética no se realiza por un imperativo externo aclara nuestro pensador, sino porque la persona intuye y percibe que mediante la acción se perfecciona y realiza su humanidad.

1.4 KAROL WOJTYLA, HIJO DE UNA NACIÓN, DE SU HISTORIA Y DE LA CULTURA.

El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura... la cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, es más... La nación es, en efecto, la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero, sobre todo, precisamente por la cultura... Soy hijo de una nación que ha vivido las mayores experiencias de la historia, que ha sido condenada a muerte por sus vecinos en varias ocasiones, pero que ha sobrevivido y que ha seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y, a pesar de haber sido dividida y ocupada por extranjeros, ha conservado su identidad nacional, no porque se apoyara en los recursos de la fuerza física, sino

apoyándose en su cultura... ésta cultura resultó tener un poder mayor que todas las otras fuerzas¹¹.

Estas fueron algunas de las palabras del discurso de Juan Pablo II a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, el 2 de junio de 1980, en las que argüía al universo semántico, de significado y significantes en el que los hombres estamos insertados, y mediante el cual entablamos relaciones y experiencias humanas que tienen como resultado los patrones, modos y formas de pensar, saber, hacer, obrar y actuar; es decir la Cultura.

Durante el siglo XVI, Polonia país natal de Wojtyła, vivió su tiempo de mayor esplendor, sus territorios se extendían desde el mar Báltico hasta el mar Negro. Eran alrededor de 940.000 Km cuadrados, con una población de más o menos 35 millones de habitantes. La Alianza con Lituania, la demarcación de los bordes en Oriente contra el poder de los Zares Rusos y la caída del imperio Bizantino, favorecieron la difusión de la ilustración, el florecimiento de las artes y el crecimiento económico por ser Polonia la principal ruta de comercio entre Europa Occidental y Asia. En medio de aquella tranquila prosperidad, las luchas internas por el poder, junto con la zozobra de una inminente invasión por parte de sus vecinos, resultaron siendo la causa de su decrecimiento. En el siglo XVIII su nombre y figura no aparecían en los mapas, pues su territorio estaba dividido entre Alemania, Rusia y Austria, naciones que reclamaron durante casi seis generaciones el total de la Polonia gloriosa, a la cual los hombres conjuraban formando un complejo espíritu patriótico, que no dejó fallecer el nombre de "Polonia" en el corazón y las mentes de sus hijos polacos.

Fué hasta 1918 que se hizo pública la proclamación de la República independiente de Polonia tras la derrota de Alemania durante la primera guerra mundial y la cesación de la ocupación en ese entonces de la Rusia comunista.

¹¹ JUAN PABLO II. Discurso a la organización de las naciones unidas para la educación, la ciencia y la cultura, 2 de junio de 1980.

Con el final de la guerra, se redefinieron las fronteras de toda Europa, y mediante plebiscitos los límites geográficos de la nueva Polonia se establecieron, a la par de una serie de actos bélicos con Rusia, nación que al parecer retornaba a sus intereses de invasión sobre el renacido país. En las ventiscas de este escenario hostil, transcurrió la niñez y la adolescencia de Karol Wojtyła, hijo de una generación esclava que hacia memoria constante de las crueldades de la esclavitud y la ocupación, y a la vez hijo de una nación que casi estrenaba su libertad y pensaba las palabras, las odas y los versos de poetas románticos polacos del siglo XIX como Mickiewicz, Juliusz Slowacki, Zygmunt Krasinski o Cyprian Norwid quienes suponen a la revolución una vuelta a los orígenes en los que atisba inseparable al carácter polaco, la fe católica y la belleza de su nación.

Fué a través del teatro, junto a los artilugios, licencias e ingenios de la poesía, donde encontró un lugar para expresar sus sentimientos y experiencias referentes a su nación, que el primero de septiembre 1939 sería invadida nuevamente por el régimen Nazi, en el contexto de los inicios de la segunda guerra Mundial. Hitler organizó el territorio en un territorio general, es decir como si fuese Polonia extensión de la Alemania Nazi, mientras en Francia, refugiados bajo el amparo del general Sikorski, la administración polaca víctima de la invasión y obligada a escapar de la muerte, luchaba desde la distancia por la libertad polaca, a la que el partido Nacional Socialista de Hitler respondió derramando más sangre sobre suelo polaco, deportaciones, e instalando campos de concentración como Auschwitz y Maidanek, los guetos de Varsovia a los que trasladaron a algunos de sus amigos judíos de la infancia, entre otros núcleos de acción nazi de no tan renombrada fama; a la par del cierre de las Universidades, la clausura de las librerías y bibliotecas, los centros culturales y los focos musicales y artísticos, además de masivas redadas del ejército ocupante a las que Karol escapó por estar trabajando como obrero cortando piedra en una cantera y que evitó su deportación a Berlín, mientras clandestinamente hacia parte de un grupo de teatro en que los jóvenes principalmente, gritaban con murmullos la indignación y la cólera en contra de la guerra.

La iglesia no escapó a los excesos del régimen, que pese a los precarios permisos de efectuar liturgias, contradictoriamente varios templos católicos fueron cerrados y las personas no tenían autorización de asistir a ningún acto religioso de ninguna naturaleza. Aún así en 1942 Karol Wojtyła extiende sus estudios de Filosofía y teología que con anterioridad había comenzado, ingresando al seminario clandestino de Cracovia mientras trabajó hasta 1944 en una planta química de Solvay, durante su residencia en la casa del Arzobispo de Cracovia Adam Stefan Sapieha hasta el término de la guerra en 1945¹², cuando las fuerzas armadas Rusas liberan Cracovia de la ocupación Nazi, dando paso a una pseudo-libertad nacional, oscurecida por el partido obrero unificado favorable al marxismo de carácter totalitarista ruso* que promulgó una constitución de orientación marxista contradictoria a la tradición y el espíritu polaco. La industria y la propiedad privada fueron intervenidas con el objetivo de ser finiquitadas, se restablecieron las instituciones educativas pero acomodadas a los lineamientos marxistas, se colectivizó la propiedad agrícola y la Iglesia Católica fue aceptada casi a ruegos por las voces de los hijos de Polonia que la reclamaban. Fue desde ese entonces hasta 1987, siendo ya el Papa de la Iglesia Católica, la figura rectora más destacada de la oposición al comunismo en su país principalmente, fecha en la que la suma de 105 protestas aunaron el movimiento sindical solidario que atestiguó y pujó por la caída del partido comunista polaco. El 11 de Octubre 1988, visita al Parlamento Europeo en Estrasburgo, y con los tenores propios de su discurso reclama el derecho de los países del Este a la libertad y a ser integrados a la Comunidad Europea; idea, propuesta o queja que sería entendida como tarea imposible en ese año.

¹² TRUJILLO, Daniel Pbro. De San Pedro a Juan Pablo II breve historia de la Iglesia Católica. Miami: United States Copyright Office, 1987. p. 213.

* A estos sistemas citados, nazismo y marxismo Karol Wojtyła los denominó “ideologías del mal” por negar la libertad individual, restar al hombre condiciones naturales a su persona como el derecho a la vida, la expresión y vivencia de sus creencias, el olvido obligado de sus tradiciones e historias, la aniquilación de los constructos de identidad nacional, la aparición de los campos de concentración, las ejecuciones y asesinatos avalados por el ideal partidista, etc. En: JUAN PABLO II. Memoria e identidad. Santiago de Chile: Planeta, 2005. p. 109.

El primero de diciembre de 1989, el mismo año de la caída del muro de Berlín, el presidente de la Unión Soviética y secretario general del PCUS*, era el protagonista de la primera visita de un actor de la perestroika a la sede del vaticano en Roma. Posteriormente en 1992, Mijail Gorbachov comentaría: “Todo lo que ha sucedido en Europa oriental en estos últimos años no hubiera sido posible sin la presencia de este Papa, sin el gran papel, también político, que ha sabido jugar en la escena mundial”.

Tiempos en los que el secretario general de Naciones Unidas, en ese momento Javier Pérez de Cuellar, argumentaba la misma tesis más categóricamente considerando a Juan Pablo II como el autor del declive final del comunismo. Tales afirmaciones Wojtyla nunca las confirmó, sino que emitiendo un antiguo adagio, señalaba que el comunismo cayó por su propio peso, por sus errores y abusos, a la par con el marxismo por su lánguida antropología, que reducía el ser del hombre a su mera función económica, enterrando en el olvido sin memoria a la cultura, los anhelos y los sueños de libertad y trascendencia inherentes en la persona humana.

La inquietud y la agitación de estos avatares históricos en los que reinó la substracción y el desprecio por el hombre, que menguaron y cercenaron la dignidad humana fueron los fenómenos y los factores que constituyeron el incansable retorno de Karol Wojtyla a la antropología y la Filosofía que lucharan hasta el degüello por regresar a la persona humana su valor en este universo cósmico y simbólico, sistema amplio de significación, que condiciona la experiencia, interpretación y expresión humana; en el que estamos inmersos y fundamos relaciones sociales con los otros. Circunstancias todas que modelan y ajustan el temperamento y el genio de las ideas, de las palabras y las obras de todo ser humano. Avatares que no diezmaron el espíritu del ser polaco, que incluye un estilo determinado de fe; al contrario, el sufrimiento provocado por ideas totalitaristas invasoras, hizo más fuerte y madura la experiencia católica de la nación, cuya inteligencia acerca de Dios aborda

* PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética

matices que explican la experiencia de estar al amparo y a la sombra del Señor de la Historia¹³.

¹³ JUAN PABLO II. Memoria e identidad. Santiago de Chile: Planeta, 2005. p. 86.

2. LA VERDAD DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y SENTIDO AXIOLÓGICO DEL TÉRMINO.

El concepto de verdad en el que discurre Karol Wojtyła es preciso y conveniente esclarecerlo, porque no se refiere a la verdad lógica y ontológica a la que la ciencia hace constante reseña. De las catorce encíclicas que escribió, tres de ellas, junto a una exhortación apostólica de las quince que existen en su haber, una carta de entre cuarenta y cinco más, sus libros y un número de cincuenta y siete audiencias son el material para avistar el concepto de verdad en Karol Wojtyła*.

El enunciado de verdad en el Papa Wojtyła versa y gira en torno al sentido scheleriano del mismo, es decir como verdad ética y axiológica, que avala el valor de algo desde la relación que tiene con la persona y la acción que esto provoca y resulta, por lo que la realidad de la existencia del hombre en el mundo no se capta nunca mediante conceptos estáticos, sino al amparo de la experiencia de la vida, que se encuentra siempre en movimiento y tránsito.

En los primeros apartados de la exhortación *Familiaris Consortio* a inicios de la década de los ochenta, Karol Wojtyła explica que en el sinnúmero de preguntas que el hombre contemporáneo se formula acerca de su vida y de la relación que establece con los demás, en los que ejerce una diversidad cuantiosa de roles, encuentra perspectivas dudosas que empañan la verdad sobre la persona humana, y muy sutilmente menoscaban e infaman la libertad y oscurecen la capacidad de juzgar con objetividad, por ejemplo el circundante rechazo del hombre al amor como un don que se le ofrece desde el plano del

* solo por citar algunos componentes de tal material enunciado, *Redemptor Hominis* en la que expresa algunas verdades sobre el hombre, *Veritatis splendor* sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral, *Evangelium Vitae* sobre la verdad acerca del valor y el carácter inviolable de la vida humana, *familiaris Consortio* acerca del amor entre el hombre y la mujer como fuerza vinculante; en 1983 la alocución al pueblo haitiano; audiencias generales de los miércoles entre el 12 de septiembre de 1979 y el 8 de abril de 1981, etc.

absoluto (Dios); aparentemente existe en el mundo contemporáneo conciencia más eufórica de la libertad personal, junto a una insinuada devoción en la construcción de una sociedad más justa; paradójicamente al mismo tiempo se levanta en las sociedades como un cenit de fuego, la permanente degradación de los valores fundamentales, por mencionar algunos: una errada concepción teórica y práctica de la independencia del hombre y la mujer como esposos y de la familia, el número absurdo de divorcios y la “plaga del aborto”, el mal llamado recurso de esterilización como signo de la instauración de una mentalidad egoísta anticoncepcional, la eutanasia, el número elevadísimo de suicidios, signo de un hombre hijo del siglo hundido en el más profundo abismo de tristeza e insatisfacción; la pena de muerte, el bache o agujero enorme que separa ricos de pobres sobre todo en los países más deprimidos o llamados tercer mundistas, la prostitución, la enfermiza proliferación de la pornografía resultado de confundir deseos con necesidades, la redefinición del concepto de familia que mina incluso la naturaleza de lo que es verdaderamente humano, el olvido de las ciencias por su fundamento primero que es la promoción de la persona humana y no la degradación de la misma; la doble moral de los estamentos gubernamentales y la política, aunada a la pobre antropología en la que divagan permite el florecimiento de Estados y políticas económicas no para el hombre sino a costa de él; la carencia de pensamiento profundo y creativo consecuencia de las generaciones hijas de la vida *light*. El mundo contemporáneo ha cristalizado y cosificado al hombre como un producto o como una cosa, a la mujer la instrumentaliza y la convierte en eslogan estético.

El sustrato de estos fenómenos acaecidos en las sociedades contemporáneas, muchas veces es alimentado por una experiencia de libertad que ha sido corrompida, ya que no se la concibe como la capacidad de realizar la verdad del amor, sino como una fuerza interna autosuficiente que busca la autoafirmación incluso por encima de la humanidad del otro, confundiendo la libertad con la insolidaridad. La vida se convierte en un peligro del que hay que defenderse, y no una realidad que debe ser defendida; así en los países más ricos, la mentalidad consumista y el desbordado bienestar económico producen ilógicamente angustia e incertidumbre en la psique de la persona frente al

futuro, e incapacidad de tomar en peso los sufrimientos que la vida misma implica. La escena del mundo contemporáneo, y la cultura que emerge de él aparecen como un hecho histórico escrito con luces y sombras.

2.1 LOS RETOS DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO PARA EL PERSONALISMO HUMANISTA, DE NATURALEZA Y MODO CRISTIANO.

Los aires de doctrina imprecisos y confusos en los que el mundo de hoy gira, plantean la necesidad de apelar a una reflexión que permee e inspire la cultura, al hombre cuya conciencia le cuesta cada vez más percibir el valor fundamental de la vida, percepción o reconocimiento que es el fundamento de la convivencia humana y de la misma comunidad política*; tal reflexión demanda el constructo de la paz no como el mero resultado del poder de los directores de estado, sino también como la erección de una economía Global analizada a la luz de los principios de la justicia social que salga al encuentro del pobre¹⁴ y el vulnerado, víctima de las tendencias actuales de la sociedad, distantes del sentido de responsabilidad del hombre con sus semejantes, cuyos síntomas son, entre otros, la falta de solidaridad con los miembros más débiles de la sociedad (ancianos, enfermos, inmigrantes y niños) y la indiferencia que con frecuencia se observa en la relación entre los pueblos, incluso cuando están en juego valores fundamentales como la supervivencia, la libertad y la paz¹⁵.

El personalismo humanista de Wojtyla no es un agente divisor de la relación del hombre con Dios, al contrario conduce a tal relación de manera más amplia, y advierte el cambio radical en la percepción de los valores morales padecido en

* La violación sistemática del respeto a la vida humana y su dignidad, produce una especie de progresiva ofuscación de la facultad de percibir en el hombre mismo la capacidad del bien y del amor y secunda más bien la muerte del espíritu humano. En: JUAN PABLO II. Carta encíclica *Evangelium vitae*, sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1995.no. 4 y no. 21.

¹⁴ JUAN PABLO II. Mensaje para la jornada mundial de la paz de 1993.

¹⁵ JUAN PABLO II. Carta Encíclica *Evangelium Vitae*, Op. Cit., No 8.

el mundo, que conducen a transformar o deformar la manera de pensar y de actuar en las personas. En tal proceso fenoménico los medios de comunicación han intervenido en la introducción e incitación de estilos nuevos de vida, que expresan en algunas circunstancias aspectos positivos de tal cometido, y al mismo tiempo admiten cambiar la verdad por la mentira, en orden a la felicidad y la plena realización de la persona ofreciendo mecanismos de vida ilusorios.

La ciencia y las aplicaciones técnicas prometen novedosas, innumerables e inmensas posibilidades de conocimiento teórico y práctico sobre el hombre mismo y sobre el mundo, sin embargo, en contra propia se infringe cuando esclava de las opciones políticas y apartada de la moral dirige sus investigaciones y aplicaciones favoreciendo “la cultura de la muerte”, disipada en el torbellino del vértigo del mundo pierde el sentido del hombre, de su dignidad, de la vida¹⁶, del significado primigenio incluso de ella misma, convirtiéndose es una especie de ciencia ciega, meramente formal y material.

No se trata de cambiar las estructuras, porque ellas son malas, como pretendía el marxismo, sino de humanizar la conciencia enferma que no acepta la primacía de los valores morales de la persona humana, que conducen a la inteligencia del sentido último de la experiencia de existir; es decir que la conciencia de los valores morales hace a todo hombre capaz de juzgar y discernir los modos en los que busca ser feliz y realizarse; tal conciencia viabiliza el uso de las posibilidades de la ciencia puestas al servicio del hombre y no a costa de él, como uso verdaderamente orientado a un fin bueno, que es la promoción de la persona humana como realidad radical libre.

Contradictoriamente el hombre contemporáneo no considera como una especificidad del siglo el deber, pero si afirma por el contrario, la afirmación de deberes obligatorios ajenos a los dogmas de cualquier religión revelada, la difusión social de una moral liberada de cualquier divinidad tutelar¹⁷. En este orden de ideas, la postmodernidad consagra el ideal de felicidad epicúrea, que

¹⁶ Ibid., no. 21.

¹⁷ LIPOVETSKY, Gilles. El crepúsculo del deber, la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Barcelona: Anagrama, 1994. p. 28.

ha mutado a una especie de búsqueda de bienestar material, a través de la práctica desmesurada de los principios de una economía de libre mercado; ha producido la pretensión de imponer nuevos imperativos pseudo-morales que exaltan las conductas egoístas y los vicios como prosperidad colectiva; los modelos contemporáneos de consumo muestran un caos generalizado que se desarrolla en torno a la afirmación de la individualidad. Occidente, lejos de exaltar un orden moral que tenga como referente a Dios, lo ridiculiza y lo escupe, estimulando sistemáticamente los deseos inmediatos, la pasión del ego, la felicidad intimista y materialista¹⁸, producto de una actitud profundamente apática en relación con el otro, irresponsable de sus actos contra los demás¹⁹, ejemplo el burócrata que ordena la extinción y exterminio de un grupo determinado de personas a manera de simple acto administrativo y funcional del estado. Existe hoy en el espíritu enfermo del hombre por el individualismo y la anarquía una incapacidad de asumir y reconocer en el otro un ser humano, en iguales condiciones a las propias²⁰.

2.1.2 Alternativa del personalismo de Wojtyla frente al relativismo moral y la crítica acérrima a las verdades éticas en la posmodernidad. El personalismo de Wojtyla reprueba el relativismo que circunda la sociedad contemporánea disfrazado con el lema de una supuesta libertad, pero que solo empuja a los hombres al abismo de la autonomía moral, principio de todo totalitarismo y la adoración tenebrosa a ciertos sistemas que hacen esclavas las mentes.

El concepto “relativismo” es entendido de una manera más clara si aludimos a su opuesto, el absolutismo moral, que afirma a la moralidad la dependencia de principios universales o la existencia de una regla de oro inamovible. El relativismo moral, asegura que la moralidad no está basada en ninguna norma absoluta, sino más bien en “verdades” éticas que dependen de la situación, la

¹⁸ Ibid., p. 12.

¹⁹ BILBENY, Norbert. Exterminio metódico y apatía moral. En: Revista de Occidente: Madrid, no 176. Enero de 1996. pp. 130-140.

²⁰ Ibid., pp. 130-140.

cultura, los sentimientos propios, etc. Pero si una cultura y una situación muy determinadas establecen lo justo, cómo es posible hacer un juicio al régimen Nacional socialista Nazi, y que de hecho se hizo, cuando sus figuras rectoras y adeptos seguían los preceptos determinados por el partido, en los cuales precisamente existía el interés de forjar una nueva cultura; es decir que la suma de las culturas en todos los hemisferios del mundo juzgaron incorrecto y atroz el exterminio o eliminación sistemático de un grupo social determinado por motivo de raza, etnia, religión, política o nacionalidad, conocido como el genocidio Nazi; una moral aparecida en un tramo específico de la historia, que se esconde a la sombra de la cultura no puede relativizar y desmembrar las consideraciones comunes a todos, como la vida; incluso muchas personas teniendo diferentes opiniones de la moralidad comparten una moral común, de la que a veces no son siquiera mínimamente conscientes, por ejemplo, quienes están a favor y en contra del aborto, concuerdan en que el homicidio es incorrecto, pero difieren en si el aborto es o no homicidio.

Wojtyla consideró de dudosa naturaleza los argumentos fundamentales que sujetan el piso del relativismo, ya que coexiste es si mismo una contradicción lógica inherente y enorme en todas las ideas de carácter relativista, porque todas ellas proponen, reprochando y despreciando la moral Cristiana por ejemplo, el esquema moral “correcto”, aquel que todos debemos seguir; pero esto en sí mismo es absolutismo o dogmatismo infalible al que tanta alergia le profesan; en otras palabras el relativismo moral desacredita la concepción racional de la ética, pero a la vez arma y organiza racionalmente la trampa en la que hace caer a las mentes al pensarla como la dogmática de la vida, lo que es una total contradicción.

El argumento fundacional al que apelan las mentes relativistas morales es el de tolerancia, que no es más que resignación o inconformismo vestido de cordialidad pero que en sí mismo en una bomba de tiempo; decirle a una persona que su vida moral es incorrecta, es intolerancia, y el relativismo tolera todas las perspectivas. ¿Pero acaso no es esto un engaño? ¿Se “tolera” entonces la perspectiva de una persona que padece enfermedades mentales

con inclinaciones carnales violentas considerar a una persona, mujer, hombre o niño como objetos de gratificación, justificación para sus abusos?

En la Odisea, Homero afirma que los pensamientos de los hombres cambian según la luz fecundante con que el mismo Zeus, su padre, ha iluminado la tierra, queriendo decir que son tan inconstantes los pensamientos humanos como la luz cósmica que alumbra el mundo, que es siempre intermitente, sujeta a ser nublada, advirtiendo lo necesario que es establecer un orden que encauce los múltiples atisbos de la razón del hombre.

“El relativismo ha sido debatido tanto en la filosofía moral como desde la propia moral vivida. Actualmente es, a partir de esta última, uno de los principales temas de discusión ética, en pie de igualdad con el cinismo y sin dejar demasiado atrás los problemas del nihilismo y de la indiferencia moral”²¹.

La moral y la verdad consideradas o valoradas como aspectos relativos y subjetivos abonan el terreno para provocar una especie de catástrofe antropológica, secundada incluso en occidente por las mismas instituciones públicas, que defienden la inducción en la convivencia de los seres humanos de una sociedad el relativismo moral y el permisivismo ético, que mina los cimientos originales de los valores fundamentales de la vida personal y de la convivencia social, por ejemplo la aprobación del aborto, la uniones matrimoniales de carácter homosexual y la adopción en tales instituciones, la eutanasia, la pena de muerte etc. Los valores conocidos y amados se independizan de la vida humana como valor de referencia. A esta etapa se refirió Juan Pablo II como a un dramático enfrentamiento entre la “*cultura de la vida*” y la “*cultura de la muerte*”. El relativismo ético acaeció en una cultura de la muerte²². La libertad se confunde con la autonomía, mas sin libertad no existe la responsabilidad; no existen los deberes ni los derechos, y la sociedad se transforma en simple colectividad de individuos impersonales; no se propone un caos pero si una reorientación de la preocupación ética, pero a

²¹ BILBENY, Norbert. Aproximación a la Ética. Barcelona: Ariel, 1992. pp. 289, 300.

²² JUAN PABLO II. Carta Encíclica *Evangelium Vitae*, Op. Cit., No 95.

través de responsabilidades y compromisos muy débiles y lánguidos, efímeros, con una especie de valores que no interfieran con la libertad individual.

3. EL PERSONALISMO DE KAROL WOJTYLA.

El escritor polaco Andrew N. Woznicki en su obra escrita *Un humanismo cristiano: El personalismo existencialista de Karol Wojtyla*, propone la antropología de Wojtyla como personalista en su naturaleza y existencialista en su carácter, al considerar a la persona única en su identidad y al hombre como centro de todo el universo. Wojtyla dedicó la mayor parte de su vida y encauso principalmente su discurso a las cuestiones morales, las cuales fueron su inquietud nuclear, con las que se encontró en la Universidad católica de Lublin con más profundidad, estudiando e investigando las antropologías de Max Scheler principalmente*, Emmanuel Mounier, Gabriel Marcel, Jean-Paul Sartre, Levinas y Paul Ricoeur, Vladimir Solovev y Fedor Dostoievski**.

Wojtyla paradigmáticamente revoluciona y perfecciona el análisis de la persona metafísico tradicional que se centraba en el estudio y la inteligencia de la estructura ontológica del ser de la persona, e incluso rebasa el método fenomenológico Husserliano*** cuando observa y aprehende la acción o acto humano como una realidad que revela el ser de la persona, e identifica en ese acto lo que es propiamente humano; persona y acto entendidas no como dos realidades separadas sino como dos identidades de una única realidad, es decir que la acción (o el acto) es la manifestación de la interioridad humana, que está sujeta siempre a una condición comunitaria al mismo tiempo que trascendente, ambas irreductibles.

* Él mismo señala la línea scheleriana del personalismo del que se hace autor, la presencia del pensamiento aristotélico, el influjo de Santo tomas y la influencia moderada de Husserl en su pensamiento, sobre todo en la cuestión que hace referencia a la óptica de la realidad y como medio para abordar la filosofía de Max Scheler, en su libro de Antropología y Filosofía titulado *Persona y acto*.

** El orden citado de los autores es aleatorio.

*** La interpretación que hace Wojtyla de las experiencias en el orden de lo humano, no es la misma de Husserl, si bien está disciplinada por la fenomenología, Wojtyla no desecha lo que es común a todas las experiencias aunque sean todas muy diversas, más bien considera eso común a todas como la naturaleza unitaria de la experiencia en la que unos y otros hombres se identifican.

La experiencia del ser humano en la que se encuentra implicado su ser, su misma persona, es la más compleja de todas las experiencias; porque incluso la experiencia de cualquier cosa proveniente del exterior, (no desde dentro de su humanidad), está siempre ligada a la experiencia de sí mismo, pero sin experimentarse él mismo al mismo tiempo; todo aprendizaje, lección, ensayo o tanteo del mundo y de la alteridad ponen al ser humano frente a sí²³. De aquí que la antropología de Wojtyla no sea de ningún modo estática, sino siempre dinámica desde, y a través de la posibilidad que provee el acto de la persona cristalizado mediante su cuerpo, como medio que prueba y expresa la búsqueda incesante de autodeterminación y realización, vehiculadas ambas realidades por la ejecución de la libertad ordenada por la verdad*. En tal práctica de la libertad y búsqueda de felicidad, en el contexto de mediados de la década de los sesenta en adelante, el hombre hijo de su generación, repele cualquier norma moral tradicional tal como habían sido formuladas desde Kant, en términos de lo permitido y lo prohibido; Wojtyla en la obra *Amor y Responsabilidad* se anima y aventura presentar la moral no en estos términos anteriormente citados, sino a partir de una reflexión que parta, se centre y culmine en la persona, como fundamento que justifica la regla ética; porque solo a través de una ética que garantice y proyecte un itinerario que conduce a la felicidad del hombre y a su realización, se puede responder a las necesidades o retos del hombre contemporáneo envuelto en el utilitarismo, la insolidaridad y el egoísmo²⁴, fenómenos a los que nuestro autor enfrenta mediante la norma personalista, que es de origen Kantiano, perfeccionada por Max Scheler, depurada y afinada por el mismo Wojtyla: no servirse del otro, no utilizarle. El egoísmo insolidario y rapaz nunca es el fundamento de la moral, porque ésta no puede estar cimentada sobre principios que mengüen la dignidad de la persona humana, de su corporeidad, de su alma, del todo que encarna en sí; Wojtyla insistentemente reitera que la persona no puede ser

²³ WOJTYLA, Karol. *Persona y acción*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, de la Editorial Católica S. A. 1982. p. 3.

* Es decir la verdad no en sentido ontológico ni lógico; sino en sentido Scheleriano, que identifica el valor de una cosa desde la relación que tiene con la persona, y no por el valor que en sí mismo puede suponérsele como objeto.

²⁴ SEMEN, Yves. *La sexualidad según Juan Pablo II*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2005. p. 44.

cosificada, es decir, usada instrumentalmente rebajada a nivel de medio, de cosa, de objeto; amar es el antónimo de utilizar en sentido axiológico; amar es la antítesis del egoísmo, de aprovecharse; menciono y aludo al mismo Wojtyla en su obra *Amor y Responsabilidad*:

Es, con todo, evidente que si el mandato del amor, y el amor, su objeto, han de conservar su sentido, es necesario hacerles descansar sobre un principio distinto que el del utilitarismo, sobre una axiología y una norma principal diferentes, a saber, el principio y la norma personalistas. Esta norma, en su contenido negativo, constata que la persona es un bien que no va de acuerdo con la utilización, puesto que no puede ser tratado como un objeto de placer, por lo tanto como un medio. Paralelamente se revela su contenido positivo: la persona es un bien tal, que sólo el amor puede dictar la actitud apropiada y valedera respecto a ella.²⁵

La norma personalista y la experiencia del amor, constituyen los elementos claves y la contraseña que abre las puertas de acceso, a traducir y discernir el vector de conocimiento que atraviesa el concepto que de persona emerge en el pensamiento personalista de Karol Wojtyla, que es siempre denso y rigurosamente exacto.

La gran mayoría de pensadores y filósofos se adentran en su objeto de conocimiento de una manera lineal metódica, formulando un problema y una variedad determinada de aventureras soluciones para alcanzar la escritura o producción de una síntesis; no así Wojtyla, su método aunque es lineal en el sentido en que observa un tema o problema y traza una línea hasta acceder a

²⁵ WOJTYLA, Karol. *Amor y Responsabilidad*. Madrid: Razón y fe, 1978. pp. 37-38. Citado por: SEMEN, Yves. *La sexualidad según Juan Pablo II*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2005. p. 46.

él, su estilo es más bien circular, pero no trazando un círculo cerrado alrededor del objeto de conocimiento y quedarse dando vueltas infinitamente en torno suyo, sino a manera de escalera de caracol hasta descender o ascender a la inteligencia del problema; es decir, delineando un espiral de afuera hacia dentro hasta obtener el secreto más íntimo de la realidad que aparece cruda y muchas veces sin decir nada; por lo que lógicamente, al recorrer el trazo circular de la espiral, regresa a los puntos ya recorridos pero desde otro ángulo y desde más cerca; por eso aparenta ser repetitivo, pero es mucho más que tal apariencia reiterativa, monótona ó vehemente por un asunto determinado, es más bien indagar y examinar todas las ópticas de vista posibles en un proceso continuado y número indeterminado de tirabuzones de la espiral hasta arribar al núcleo del asunto, después de haber viajado a través de su todo²⁶. De este modo adquiere total pertinencia y clara genialidad que Wojtyła afirme que el problema fundamental del hombre se haya anclado en su corazón que es susceptible siempre de ser engañado, no tratándose entonces de producir la mutación de las estructuras porque éstas son malas, sino de enseñar al corazón humano que tiende a vivir para sí mismo únicamente, a amar; desarrolla así un personalismo objetivo, no psicológico que tiene la tendencia a insistir herméticamente en los datos subjetivos de la persona poniendo en riesgo los datos objetivos del cuerpo; desde su óptica del hombre, pretende entonces mostrar en virtud a la unidad sustancial del cuerpo y su alma espiritual la naturaleza de la persona humana, su unidad sustancial o su totalidad unificada, encarnación de la capacidad de amar como entrega de sí.

El personalismo Wojtyliano es la expresión directa de un hombre sobre el hombre, sobre el ser humano en cuanto persona en acción, intentando esperanzadamente desentrañar y desenmarañar todos los compuestos fundamentales y los no tan relevantes de la experiencia y la existencia humana, y arribar a la inteligencia y discernimiento de lo que es específicamente humano, como espada, escudo y arco de las que echamos mano como armas que defienden la dignidad de la persona bajo el principio de humanidad, que

²⁶ WEIGEL, George. Biografía de Juan Pablo II, testigo de esperanza. Barcelona: Plaza y Janés, 2000. pp. 176-190.

consiste en el reconocimiento del otro como el fundamento cardinal de referencia, de la misma manera que se tiene conciencia de sí mismo y como miembro de la misma realidad en la que me ubico. Tal sistema, establecido en el amor que tiene siempre un carácter comunitario antitético al individualismo, sobrepasa cualquier otro que exista en una comunidad humana, porque expresa lo que es eminente y necesario precisamente para formar una comunidad realmente humana, en la que el *ego* del hombre, su yo, percibe que existe junto con otros que comparten con él un sin número de experiencias y que son al mismo tiempo en la unidad muy distintos a él²⁷.

3.1 KAROL WOJTYLA, SU VISIÓN DEL HOMBRE.

Una de las secuelas más relevantes y fundamentales que dejó al Papa polaco el estudio sobre las obras de Max Scheler, fue la de comprender que el método de la fenomenología brinda al moralista una mirada muy profunda sobre la cuestión de la experiencia en la persona, de la que precisamente un filósofo preocupado por los argumentos y las reflexiones éticas y morales le es difícil despojarse, y más cuando el personalismo Scheleriano lo acerca a la relación extremadamente estrecha que hay entre experiencia de la persona y su acción, y la importancia o el impacto elevadísimo que ejercen las otras personas sobre la libertad y la dirección de los actos humanos, conocida como *la experiencia de la intersubjetividad*²⁸, y con el objeto de ahondar en su obra *Persona y acción*, también discurre y profundiza su mirada hacia los temas más fundamentales del personalismo en su conjunto, es decir como filosofía, según la proponía Mounier. Tales contenidos del personalismo que atrajeron más su atención fueron, primero la irreductibilidad de la persona, a saber, como el reconocimiento y la afirmación de que la persona no puede en ningún caso ser suplantada por alguna otra categoría, porque siendo la persona un sujeto, no

²⁷ WOJTYLA, Karol. *Persona y acción*, Op. Cit., pp. 344-347.

²⁸ WOJTYLA, Karol. *El hombre y su destino. Ensayos de antropología*. Madrid: Palabra, 2005. p. 18.

es por tanto un mero objeto de entendimiento; la acción del ser humano es elemento irreductible, por ejemplo una de las más significativas de sus acciones es la vinculación de su “yo” con un “tu” de otro mediante el lenguaje dialógico, mediante las relaciones interpersonales, idea que alude lógicamente o insinúa inmediatamente una de las características más esenciales del ser de la persona, que es ser y estar en y con los otros, en comunidad, y con respecto al asunto enunciado acerca de las características esenciales del hombre, cuestión que es el objeto neurálgico de este trabajo, el filósofo Wojtyła²⁹ arriba al fundamento de la naturaleza humana desde la ética, y a la ética al mismo tiempo, a través de la naturaleza humana. Si bien la ética tiene la misma orientación que tiene la filosofía, que es la de responder, o al menos intentar esclarecer y depurar la pregunta y luego dar una posible respuesta a preguntas fundamentales tales como ¿Por qué el hombre? ó ¿Qué es el hombre?, ¿Por qué sus actos son buenos o son malos? ¿En qué consiste la plenitud y la felicidad y el bien? también entonces la ética mediante el modo filosófico, arroja reflexiones al respecto, pero no estableciendo sentencias comportamentales porque éstas, entendidas como normas, ya existen como algo vivo o existencial, ligadas muy profundamente al hombre, ese mismo sujeto, persona y ser que vive en sociedad. La fuente de tales normas se encuentra inclusive en el derecho natural, que no es un derecho que se encuentre escrito. Para Wojtyła³⁰ el hombre tocado por la gracia y por la fe, o sea el hombre creyente, encuentra el asidero fundamental de las normas éticas en la revelación, la que por ser a su vez dato revelado es también una fuente escrita. En palabras del pensador con respecto a la esencia de la persona:

La naturaleza es la esencia de una determinada cosa, tomada como fundamento de su actividad. Porque si analizamos un ser realmente existente, considerando toda su esencia, debemos admitir que la acción de este ente es, por una parte, una prolongación de su

²⁹ WOJTYLA, Karol. Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética. Madrid: Palabra, 1998. p. 282.

³⁰ Ibid., p. 282.

existencia (*operari sequitur esse*) y, por otra parte, cuando se trata del contenido de esta acción, es el resultante o lo que emerge de la esencia de este ente. En la acción están contenidos, por consiguiente, los dos aspectos contenidos en el ser: la acción en cuanto acción es, en un cierto sentido, una prolongación de la existencia, una continuación de la existencia. La acción, en cuanto determinado contenido que se realiza a través de la acción misma es una especie de manifestación, de expresión, de la esencia de ese ente. Cuando decimos que el “animal actúa” o que el “hombre actúa” decimos dos cosas profundamente distintas. Y es comprensible porque el fundamento de una y otra de estas acciones es una naturaleza distinta. La acción es distinta ya que la naturaleza es distinta. Es una acción distinta por su contenido, pero ya que el ente está estrechamente unido con la existencia, la acción como expresión de la existencia, como su continuación, es igualmente distinta. (...) Cuando decimos que el hombre es un ser racional ya estamos afirmando que es una persona. El hombre es, por naturaleza, persona. Boecio ha dicho que la persona es un individuo de naturaleza racional. Solo y exclusivamente esta naturaleza racional puede constituir el fundamento de la moralidad. La naturaleza racional es la persona, es decir, el individuo de naturaleza racional³¹.

Según esto para el Papa Juan Pablo II³², la persona es sujeto de moralidad y al mismo tiempo su naturaleza racional es el fundamento de la moralidad, porque es a ella exclusivamente a quien corresponde y sobre la que recae toda la responsabilidad de la racionalidad y lo que ella comporta e implica. Entendiendo el concepto de razón no preferentemente como la mera capacidad de crear nociones o argumentaciones genéricas, o de expresar juicios, sino

³¹ Ibid., pp. 282-283.

³² Ibid., p. 284.

como la capacidad inherente a la persona de conocer la verdad, porque la relación del hombre con ésta, es una relación de carácter natural. Es también la capacidad, advierte el maestro polaco, de acoger la verdad sobre el bien y la verdad sobre las cosas buenas, bien que siempre está en relación con las facultades y las incontenibles ganas y deseos humanos por la plenitud. Dice Wojtyla al respecto:

Las facultades de deseo del hombre se distinguen netamente de las facultades cognoscitivas. El deseo, como tal es ciego frente a la verdad. El deseo, como deseo, no tiene relación con la verdad. Tampoco la voluntad, entendida como facultad de deseo, tiene relación con la verdad. Aunque la voluntad, como fuente de deseo, sea ciega para la verdad, ella es al mismo tiempo capaz de la verdad, está, por así decir, predispuesta a la verdad. Santo Tomas la llama ***appetitus rationalis***, es decir, una facultad de deseo que permanece en un vínculo natural y estrechísimo con la razón y en su natural relación con la verdad. (...) El hombre es por naturaleza racional y, por eso, la moralidad en el hombre es algo natural, es algo necesario. El hombre debe subordinar a la verdad los distintos bienes con los que se compromete obrando. Por consiguiente, subordina a la verdad su misma acción. La moralidad es un atributo indispensable de los actos humanos³³.

Así mismo y al amparo de este mismo supuesto, y siguiendo la línea rítmica muy propia de la reflexión Wojtyliana, el maestro de Wadowice³⁴, aclara que de la misma manera que la racionalidad es atributo característico de la naturaleza humana, lo es también la libertad como atributo de su naturaleza racional. Una y otra a la vez son una suerte de síntoma o indicio de la personalidad. Además,

³³ Ibid., pp. 284-285.

³⁴ Ibid., pp. 284-285.

dada la situación explicada arriba, de que la razón está vinculada naturalmente con la verdad, el asunto muy problemático siempre acerca de la categoría de verdad refiere también a la acción de la elección. Bajo ésta tesis, no resulta descabellada en lo más mínimo, la visión que tuvo el Papa, sobre el fin último de la vida humana, y con la que se muestra muy aristotélico y tomista, puesto que el dictamen de ambos gira en torno a que la felicidad del hombre debería consistir en un acto de la facultad más perfecta del ser humano como persona, la razón, y que tuviera como fin de su ansiedad, indigencia y necesidad siempre insatisfecha la de la contemplación intelectual de el Ser más perfecto. La naturaleza humana del hombre aspira a la plenitud, aspiración que le es también connatural, argumenta Wojtyla³⁵. Además, cuando la vida espiritual del hombre se haya y edifica sobre la gracia, tiende el hombre hacia la plenitud objetiva que está expresada mediante la comunión con Dios; así lo explica el Papa polaco:

La unión con Dios es la plenitud de la vida espiritual del hombre. Con esta plenitud el ser humano llega, en un cierto sentido, al fondo de la realidad. Dios es plenitud absoluta de existencia, y el hombre unido a Él se afirma en esta plenitud mediante el conocimiento y el amor. Así afirmado en Dios, que es la Causa Primera de todo, el hombre perdura en el todo en un cierto sentido.

Perdura también en él el equilibrio que antes no había conocido y que había buscado de modo tan incesante e incasable. Perdura en todas las cosas en la medida en que lo merecen, pero perdura sobre todo en Dios, la desproporción de perdurar en Dios mientras se está tan intensamente en todo lo que hay fuera de Él es la peculiaridad de la vida terrena: esta desproporción desaparecerá gracias a la

³⁵ Ibid., p. 91.

visión del ser divino “cara a cara”, que es el elemento esencial de la unión con Dios.

La verdad del encuentro con Dios “cara a cara” después de la muerte tiene un significado específico para la comprensión de la ética cristiana. Gracias a su espiritualidad, el hombre se perfecciona mediante una maduración cada vez más profunda en la verdad. A consecuencia de ello, todo el desarrollo del hombre y la perfección de su ser pueden ser objeto de conocimiento y ser comprendidos. Sabe, al menos en una cierta medida, quién es y quién podrá llegar a ser³⁶.

El hombre constituye una unidad de alma y cuerpo y por su misma condición física sintetiza en sí mismo los elementos del mundo material; éstas dos tesis que defiende Juan Pablo II, son las mismas propuestas por la constitución del Concilio Vaticano II ***Gaudium et spes***, en los numerales 10 y 14, y en las que también Juan Pablo II ratifica que el hombre es superior al universo material, al no considerarlo como una partícula más de la naturaleza o un elemento anónimo de la sociedad. Argumenta el pensador³⁷, que el hombre por su interioridad es superior a todo el universo; interioridad indescribiblemente profunda a la que el mismo retorna cuando entra dentro de sí mismo, a través de su corazón, donde le aguarda el Dios infinito, y donde él como acto muy personal decide y construye su propio destino y labra su suerte. Al respecto, y discutiéndole a las antropologías de carácter materialista, afirma que, no pueden ellas explicar la experiencia de la trascendencia en la persona, y por no poder explicarla la niegan, incluso contra el testimonio y la evidencia que al respecto ofrecen su misma experiencia, la historia y la cultura; la trascendencia en la persona es un punto tan neurálgico antropológicamente que de ella depende que el hombre pueda definir su realidad, así mismo como el vaticano

³⁶ Ibid., pp. 91-92.

³⁷ WOJTYLA, Karol. El hombre y su destino, Op. Cit., pp. 208-209.

El argumenta que la trascendencia en la persona entendida ésta como vocación, está ligada a la dignidad personal del hombre, el pensador piensa igual y explica tal argumento. El máximo enigma de la vida humana es la muerte, y al mismo tiempo su máximo temor, porque ella se le presenta como sinónimo de desaparición perpetua, pero el germen de eternidad que retumba en su interior como un eco, y que es irreductible al mundo de la materia, lo salva de la muerte y de cómo también el hombre la concibe, redimensionándosela y aliviando el deseo de algo más que el mundo físico, deseo que nace del corazón humano, siempre muy difícil de saciar.

3.1.2 La verdad sobre el hombre. El 4 de marzo de 1979, inaugurando el pontificado que recién acontecía bajo el nombre de Juan Pablo II, Wojtyla expresa a través de la carta encíclica ***Redemptor Hominis*** de una manera reflexiva, sus consideraciones acerca del misterio del hombre a la luz de Cristo, en el que la historia de la humanidad alcanza la cumbre más alta a propósito del amor de Dios declarado y comunicado a través de la encarnación suya, en el que el hombre reencuentra la grandeza, la dignidad y el valor propio de su humanidad, y el sentido de su existencia en el mundo³⁸ y revela el “misterio interior del hombre” y su libertad como condición inexorable de la dignidad de la persona humana.

Para el personalismo Wojtyliano el hombre no es solo una cuestión meritoria o un problema del conocimiento antropológico, filosófico, sociológico o moral etc. No es tan simple, como lo anoté en el párrafo inmediatamente anterior, el hombre es un misterio.

El filósofo cristiano Gabriel Marcel en su obra *Ser y tener*³⁹, efectúa una distinción lúcida entre ambas categorías, a saber misterio y problema (ó cuestión, asunto y pregunta en el contexto del qué hacer de la Filosofía). La cuestión o el problema determinado que se plantea el hombre pensante hacen

³⁸ JUAN PABLO II. Carta Encíclica *Redemptor Hominis*. Madrid: P.P.C., 1979. no. 10.

³⁹ MARCEL, Gabriel. *Ser y tener*. Madrid: Caparrós, 1995. pp. 143-147.

referencia a una dificultad objetiva que encuentra resolución mediante la técnica. El misterio desborda a la pregunta que se plantea después de plantear el problema, lo rebasa; es un enigma al que no se le encuentra solución racional, porque antagónicamente con el problema, no está sujeto al limitado universo de cuestiones que abarca la técnica. El misterio sobrepasa al problema porque mi ser está implicado y comprometido en él, el hombre es parte del mismo, mientras que en el problema siempre seré un agente exterior a él. Advierte el filósofo francés, que la técnica tiene la tendencia a reducir el misterio considerándolo problema, a lo que Marcel llama como corrupción de la inteligencia; por el contrario para alcanzar la contemplación del misterio y avistar su entrañable secreto, hay que reconocerlo, respetar su estatus, acogerlo, aproximarse y arrimarse a su sombra, amansarlo y disciplinarse con él más que por la experiencia suya que por la pura lógica, y después pensarlo limando toda pretensión soberbia y altiva de creer contenerlo todo vía racional.

Ésta actitud última que cito de Marcel frente al misterio del hombre, que es precisamente con la que Wojtyła se aproxima al enigma que entraña lo humano, permite descubrir y acariciar esa realidad tan clara oscura que somos, y aproximarse a la comprensión del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión, no elaborando reflexiones sobre el hombre abstracto, sino real y concreto, histórico, único, en el que permanece intacta la imagen y semejanza del Dios por el que ha sido creado, a la cual obtusamente algunas tesis han tratado restar. La verdad del hombre, es la verdad del misterio que encarna, llamado y destinado a la gloria y la gracia, a la felicidad; la verdad del hombre es su irrepetible realidad de ser y del obrar, dotado de entendimiento y de voluntad, de conciencia y de corazón capas de más alto de los bienes a través de la experiencia del amor o del más lamentable acto egoísta deshumanizador. La verdad del hombre es su realidad singular porque es persona, situado en la historia y de conformidad a la realización de la suya propia, mediante la apertura interior de su espíritu humano, sus necesidades casi inextinguibles, los lazos, situaciones y estructuras sociales erigidas por él mismo en las que se une a otros hombres mediante acciones interhumanas varias y sociales diversas, correlación dinámica fundamental de la persona en la que su ser y

existencia se realizan “junto con los otros”⁴⁰, acciones tales que son en sí mismas un valor primordial al que Wojtyla denomina “valor personalista”, que difiere siempre de los valores morales que refieren a la acción realizada proveniente de la norma. El valor personalista es intrínseco al hecho mismo de que el hombre actúe de forma afín y coherente a lo que él mismo es, origen de los valores morales y resultado final de estos, mediante los cuales la persona aparece a la vista de una manera más clara que en la mera acción pura. La fuente de conocimiento de la realidad de la experiencia y del misterio humanos se halla en el obrar, en la acción, la cual revela su interioridad e incluso su íntima esencia personal.

3.1.3 La verdad sobre la mujer. Las reflexiones que desarrolla Wojtyla acerca de la mujer son indeclinablemente puras y enteramente conmovedoras además de brillantes; resulta impactante y llama poderosamente la atención el hecho de que la proclamación de la verdad acerca de la mujer, es también la proclamación eterna de la verdad sobre el ser humano, que está impresa de modo inmutable en la experiencia humana⁴¹.

Consecuente con su método, el análisis antropológico con matices éticos y morales sobre la mujer, es también el modo en el que Wojtyla multiplica a veces la mirada sobre el hombre, ya sea sobre el concepto universal de género humano o sobre el de hombre específico en cuanto a su masculinidad.

Para Wojtyla, descubrir los fundamentos que permiten declarar la profundidad de la dignidad y la vocación de la mujer, hacen posible desvelar cuál es papel activo y real de ella desempeñado en la sociedad, en la que no pocas veces se encuentra en desventaja e incluso discriminada, causa de la creciente tendencia a la masculinización de ella misma sobre sí misma en búsqueda de la liberación del dominio del hombre, que responde como una especie torcida

⁴⁰ WOJTYLA, Karol. *Persona y acción*, Op. Cit., pp. 305-308.

⁴¹ JUAN PABLO II. Carta apostólica *Mulieris Dignitatem* sobre la dignidad y la vocación de la mujer. Santo Domingo: Corripio, 1980. no 2.

de reafirmación de su ego, convirtiéndola en objeto de dominio y de posesión, de placer y explotación⁴².

Cuando Karol se refiere a la mujer ya sea en audiencias papales, libros o documentos pontificales elabora permanentemente una especie de referencia cruzada entre el pensamiento personalista y las sagradas escrituras. Así por ejemplo el relato hebraico sobre el origen del universo y del hombre, consignado en la Torá y posteriormente en la Biblia cristiana, conciertan su pensamiento antropológico al respecto del apartado en el que nos encontramos.

Los once primeros capítulos de la Torá ó, del libro del génesis en la versión cristiana, son a menudo considerados como un “mito”, pero es necesario aclarar que tal categoría, en el contexto de la historia nacional del pueblo de Israel, no hace referencia a la composición de historias fabulosas legendarias fantásticas y ficticias, no es tan simple. El género literario al que se refiere el mito en Israel, es una tradición popular que cuenta los orígenes del mundo y del hombre, o acontecimientos ocurridos en la génesis de la historia de la humanidad, narrados mediante la licencia y la libertad expresada que ofrece el signo, el símbolo, las imágenes poéticas y la forma figurativa, como método pedagógico y didáctico, siempre con una finalidad etiológica, que es la de proporcionar respuestas a los grandes enigmas de la existencia humana, porque la ilustración del pasado lejano da razones fundamentales de la condición presente, de nuestras limitaciones. Tales narraciones orales, aparecen de manera escrita en Israel en el siglo VIII a.C. depuradas en un estilo determinado y talento narrativos bien particulares, que dan cuenta de que la visión hebraica del hombre es bien distinta de la que Occidente ha recibido enunciada como la tradición grecorromana. Entre los hebreos no existió nunca distinción radical alguna entre alma y cuerpo, por eso cuando el primer libro de la Torá cuenta que el primer hombre Adán, ve a la mujer que Dios le ha dado por compañera y exclama cual canto de amor “ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne...” el autor o autores del libro, expresan que el

⁴² Ibid., no. 10, 14.

hombre en la mujer descubre y reconoce la esencia misma de su ser humano; “hueso de mis huesos” se traduce en “ser de mi ser”, tal comprensión traducida también aplica a la expresión “carne de mi carne” porque entre los hijos de Israel, el cuerpo y la carne son la expresión completa y cristalizada de la personalidad completa⁴³. Ésta visión es el presupuesto teórico de Wojtyla cuando dirige su mirada hacia la mujer, la cual es el ser de mi ser en el hombre, la persona de mi persona, mi “*alter ego*” mi otro yo, que aunque posee características somáticas, psicológicas y fenotípicas distintas a las del hombre masculino, es exactamente de la misma calidad personal que él, en el que posterior a la experiencia abrumadora y angustiosa hasta el límite existencialmente que provoca la soledad, encuentra en “ella” por ser otro como él mismo, la vía que le conduce a entregarse, realización de su vocación como persona que siempre está esencialmente determinada por la experiencia del amor.

La expresión que los maestros hebreos ponen en boca de la figura de Adán, citada arriba, loa y alaba la dimensión corporal en los signos mismos de la feminidad y masculinidad, es decir que el acto sexual, vilipendiado y degradado cuando el otro se convierte en mero objeto de satisfacción individual y egoísta, es al contrario lo que permite al hombre y a la mujer la superación de la soledad humana, que vehiculado por el amor lleva al reconocimiento del otro como persona; el acto sexual es la expresión de la comunión. El hombre, cumbre de todo cuanto existe, imagen de Dios, llega al punto más alto de tal imagen no tanto en el momento existencial de la soledad, sino mas bien en el momento también existencial de la comunión; momento en que, se realiza la revelación manifestada del hombre a la mujer y viceversa, la mujer es quien revela al hombre, el hombre es quien revela a la mujer.

Si el hombre puede amar y entregarse a la mujer, es porque existe entre ellos diferencia, no solo física, sino psicológica, afectiva, sentimental, espiritual; y no solo existe tal diferencia, sino que hombre y mujer se perciben de maneras

⁴³ SEMEN, Op. Cit., p. 79.

diferentes, lo que reafirma su masculinidad y feminidad diferentes cada una en la que acaece la comunión, el uno al otro se complementan.

Wojtyla sosteniendo que inherente a la persona se encuentra la experiencia relacional, llamado a la entrega sincera y abierta a los demás, se ubica al interno del pensamiento dialógico que sostiene precisamente tal reflexión, al igual que Martin Buber y Emmanuel Levinas; idea que reaparecerá frecuentemente cuando siendo el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica elabora las catequesis sobre el amor humano, en las que en síntesis argumenta que el hombre ha sido creado como unidad de los dos, varón y mujer. Tal creación es un acto comunal de las persona de la Trinidad, al que Wojtyla imprime mediante su antropología personalista una reflexión nueva, que extiende y ensancha la comprensión sobre las categorías de imagen y semejanza aparecidas en la tradición hebraica y cristiana; es decir, que justamente la imagen y semejanza que posee el hombre de Dios reside en el carácter relacional. En la carta ***Mulieris Dignitatem***, insiste en aclarar que el fundamento primero de imagen y semejanza no hace solamente referencia a la razón y la voluntad libre, como lo sostenía Tomás de Aquino, sino también a la constitutiva ordenación del varón a la mujer y de la mujer al varón, el ser humano es, “unidualidad relacional”.

3.1.4 La verdad de la vida humana. El 25 de julio de 1968, el Papa Pablo VI publica la encíclica ***Humane Vitae***, en la que Wojtyla estuvo estrechamente vinculado; las cuestiones familiares y de moral matrimonial fue su tema neurálgico. No ha existido en la historia de la Iglesia Católica una carta promulgada por un Papa que haya causado tanta controversia, e incluso posteriormente malas interpretaciones.

Después de la muerte de Juan XVIII, que había constituido una comisión para el estudio de los problemas de la familia, conocida como Comisión pontificia sobre la anticoncepción, Pablo VI retomándola llama a Wojtyla hacer parte fundamental de ella como consejero, monitor o guía, después de que había

conocido sus pensamientos al respecto, por la obra *Amor y responsabilidad*, en el contexto de finales de la década de los sesenta, cuando en Francia la ley de Neuwirth liberaliza el uso de la píldora anovulatoria.

El argumento más central de la carta ***Humane Vitae*** descansa en el principio de la ley natural, la cual, no puede ser infringida por el hombre, porque es una ley perceptible de la naturaleza que el hombre y la mujer, al unirse al modo sexual, confieran a este acto una doble significación, unitiva y procreativa. La naturaleza, atestigua que en el reino animal, el acto sexual está ordenado y establecido a la procreación; orden que en el hombre adquiere un significado más amplio, suplementario y adicional por estar dotado de razón y libertad.

Wojtyla, al que se le imposibilitó asistir a las discusiones, formó en Cracovia una comisión que trabajó a partir de los postulados de *Amor y responsabilidad* sobre la discusión. Tal comisión que converge en la misma conclusión de la carta, parte de un punto de vista diferente, en el que Wojtyla incluso, propio de su personalismo humanista, incluye en sus reflexiones a todo hombre y mujer de la sociedad contemporánea en cualquier parte del orbe, al afirmar que el hombre, desde lo más íntimo de su espíritu hasta lo más exterior de su personalidad, está hecho para la entrega de sí. El amor humano que se materializa en la experiencia de la relación entre personas, es también responsable, no azaroso; en otras palabras, la fecundidad de los esposos debe ser decidida por ellos de manera autónoma y libre. Más, por ser la persona, varón o mujer, dotada de dignidad, los medios por los cuales se regule la fertilidad, debe lógicamente estar convenida y ser coherente con tal dignidad, a la que los medios artificiales no responden ni acuerdan; muestra de aquello es que la mujer al hacer uso de tales artificiosos métodos viola su integridad biológica, cuando posterior al uso de tales procedimientos, sufre agresivamente repercusiones que la exponen a riesgos de salud, a la vez que está expuesta a ser considerada como objeto de fines hedonistas y egoístas.

Tras el aparente fracaso de ***Humane Vitae***, Wojtyla considerablemente conmovido y preocupado por los vientos de doctrina que afiebraban el mundo

contemporáneo, se aventura mediante los tenores antropológicos personalistas, librar la carta de Pablo VI de todas aquellas consideraciones que la tildaban de estar incrustada en el biologismo, la ley reglamentaria ciega, obtusa o insensible, elaborando en las audiencias generales de los miércoles, siendo la figura regente de la Iglesia, las exposiciones sistemáticas de las ideas catequéticas sobre el amor humano y años más tarde mediante la carta ***Evangelium vitae*** proclamar el valor de la vida humana como la proclamación de una buena noticia, haciendo referencia al significado más próximo de la palabra: ***Evangelium***.

Declara que la vida es sagrada y categóricamente inviolable⁴⁴, y todo cuanto la amenace debe ser considerado un atentado, como el aborto, la eutanasia, la pena de muerte o el proyecto, tesis o argumento aparentemente social que defiende estos hechos como derechos⁴⁵.

La proclamación de la vida como la buena noticia sobre la vida, afirma y declara que el ser humano está llamado a experimentar la plenitud de la vida, que no se encuentra sesgada o encerrada en las dimensiones de la existencia terrena exclusivamente; la vida humana sobrepasa y desborda la mera existencia en el tiempo al ser participación de la vida misma de Dios, tal característica carga de matices relativos y al mismo tiempo sagrados a la vida del hombre; la conexión existente entre la vida humana y la vida divina de Dios, aporta al hombre abrumado por la experiencia de la muerte y el dolor, significado y sentido que no encuentra en ninguna otra dimensión de su ser y del mundo; al mismo tiempo, ésta conexión ó, participación de la vida de Dios en la del hombre, distingue al ser humano de una manera original de todas las demás criaturas vivas del mundo, porque al ser imagen y semejanza de Él, es manifestación de Dios mismo en este universo físico que ocupamos; manifestación en la que las demás criaturas no participan. “La vida lleva escrita en sí misma de un modo indeleble su verdad”⁴⁶ que se manifiesta a través del amor al otro, en el que se fundamenta su valor inviolable y su significado más

⁴⁴ JUAN PABLO II. Carta Encíclica *Evangelium Vitae*, Op. Cit., no. 53, 57.

⁴⁵ Ibid., no. 59-72.

⁴⁶ Ibid., no. 48.

alto, adquiriendo sentido el gesto de solidaridad de unos con otros, el compromiso por la justicia y la paz, la procreación fruto del vínculo del amor entre varón y mujer y la dignidad inherente a la persona humana, demandando a la vida en sociedad compromisos éticos como la erección de leyes justas que garanticen y salvaguarden la vida en común y el ejercicio de la libertad, defendiendo y promoviendo la conservación y conciencia de la dignidad de cada persona, sus derechos inviolables e inalienables, considerando el bien común como fin, criterio regulador y rector de toda la actividad política. Porque es humana la vida, en todo su concepto biológico y existencial es la realidad radical por excelencia, pluridimensional, ordenada desde su esencia más visceral hasta sus manifestaciones más ligeras y triviales al amor y a la entrega de sí. La vida humana es alteridad, vida de y en relación con lo otro, vida social, vida de comunión y lazo con Dios y con la humanidad universal.

3.2 LA VERDAD DE LA FAMILIA Y EL MATRIMONIO.

La unidad de la familia, que surge indeclinablemente del amor, se haya natural y propiamente en el sacramento del matrimonio, que de entre varios conceptos, éste último es además, una promesa solemnísimas con la que el hombre y la mujer se unen entre sí para toda su vida, de allí la exclamación “no te abandonaré hasta la muerte”. La familia para Wojtyla⁴⁷ es “la verdadera sede de la justicia y del amor”.

Wojtyla, contextualizando su reflexión al respecto de éste apartado en aspectos como la Economía y la política y amparando una vez más las cuestiones éticas, afirma que cuando los derechos y las necesidades de la familia no son desatendidos por las instituciones del Estado y por el Estado como Institución misma, éste conserva su carácter precisamente ético y asegura la salud moral

⁴⁷ JUAN PABLO II. Homilía ante más de un millón de peregrinos en la meseta de la Baja Silesia y Silesia de Opole, en el santuario de Jasna Góra en Polonia.

de toda la sociedad, por ejemplo el derecho fundamental del hombre a la vida, que de manera muy estrecha e íntima está ligado con la vocación del hombre a formar su familia y a la procreación. Si bien la familia es la célula fundamental de la vida social y así se la reconoce, es también la comunidad humana fundamental, la célula primera, porque en efecto de ella, nacen los ciudadanos y ellos encuentran a través de ella, la primera escuela de las virtudes sociales, que son el corazón más íntimo de toda la vida y el desarrollo de la sociedad misma; la familia descubre y revela al hombre, de manera que la persona escapa del anonimato haciéndose consciente de su propia dignidad personal, que florece mediante las experiencias suyas más profundas y ubicándose en su singularidad, y no como un número más que ensancha o aumenta una masa determinada de ciudadanos de una sociedad; como es la familia, es la nación, porque tal es el hombre, dirá el pensador polaco. Si se fractura el derecho inalienable del hombre a la vida ya desde la concepción dentro del vientre materno, se menoscaba y deteriora gravemente todo el orden moral, y asegurar el derecho a los bienes inviolables de la persona humana sería imposible, el aborto es el asesinato de un niño inocente⁴⁸; la vida entre estos bienes ocupa el primer lugar, porque no solo se la concibe a la majestad que le otorga la creación de Dios como primer dador de vida, sino también porque es el bien más esencial del hombre; en palabras de Wojtyła:

Por eso digo a todos que tengáis un absoluto y sagrado respeto a la sacralidad de la vida humana ya desde el primer momento de su concepción. El aborto, como declara el Concilio Vaticano II, es un “crimen abominable”. Atacar una vida que todavía no ha visto la luz en cualquier momento de su concepción es minar la totalidad del orden moral, auténtico guardián del bienestar humano. La defensa

⁴⁸ JUAN PABLO II. Visita a Nigeria, estadio nacional de Lagos, febrero de 1982.

de la absoluta inviolabilidad de la vida todavía no nacida forma parte de la defensa de los derechos y de la dignidad humanos.⁴⁹

Otra de las amenazas en las que se encuentra involucrada la familia, es el divorcio, que sean cualesquiera las razones por las cuales se introduce en la sociedad, llama poderosamente la atención como a medida que avanza el tiempo en el mundo contemporáneo, es mucho más fácil optar por él, tanto que se considera ya como una opción común y muy normal de la vida social, que amparado en los ámbitos de la legislación civil so pretexto de un supuesto progreso humano, truncan aún más la estabilidad del matrimonio, que ya en sí es muy delicada; pero la familia, asegura el Papa polaco, es la verdadera medida de la grandeza de una nación del mismo modo que la dignidad del hombre es la auténtica y original medida de la civilización.⁵⁰

Con respecto a la estabilidad en el matrimonio, Wojtyła repetidas veces y de múltiples maneras advirtió, siendo enfático en el concepto de fidelidad, que el mundo contemporáneo se encuentra en una suerte de crisis con respecto al modelo cultural que el cristianismo propone, apologiza y defiende, que no es de origen occidental sino semítico, la monogamia, que se encuentra fundamentada literaria, histórica y retóricamente ya desde el primer libro de la Torá y las sagradas escrituras, y en las que también se expresa que la humanidad como semejanza de Dios, debe ser pareja de dos personas que se mueven la una hacia la otra, movimiento y dinámica que tiene como motor el amor y como combustible la búsqueda de la plenitud y la felicidad. Este amor es imagen de quien es el amor en sí mismo y la unidad absoluta, Dios. Con tales argumentos, Wojtyła explica, que ya desde lo más prístino de la naturaleza hasta la más alta lucidez de la razón, el amor entre hombre y mujer es la prueba fehaciente de la fidelidad entre los esposos, porque el amor verdadero no admite traición y deslealtad, esto para debatirle a los modelos

⁴⁹ JUAN PABLO II. Encuentro con las familias, lunes 1 de octubre de 1979. Hipódromo de Greenpark en Limerick, Irlanda.

⁵⁰ Ibid.

culturales contemporáneos que no solo admiten, sino que deliran con un libertinaje afectivo y sexual, que consiste en la tenencia de varias personas como parejas, que no es más sino una degradación y un insulto al amor verdadero cuando éste es confundido con relaciones impersonales y no interpersonales, es decir como aquella experiencia en la que cada uno reconoce y es reconocido por el otro como de igual valor y en la totalidad de su persona, no como mero objeto de deseo. La concepción monógama y personalista de la pareja humana lleva consigo implícita una verdad, la verdad de un plan de Dios sobre el hombre, mas la verdad natural del amor. Aquella alianza que hacen los esposos, dice el filósofo polaco, es el contrato más audaz que pueda existir, y así mismo el más maravilloso, porque expresa la perfección de una unión indisoluble en todos los planos, a la que hombre y mujer, como esposo y esposa están llamados vivir; una institución del matrimonio de la manera como acabo de explicarlo, discerniendo el pensamiento de Wojtyla, es fermento de progreso moral para la sociedad y además, presencia o epifanía del mismísimo Dios en el mundo.

Durante el mes de junio de 1980, el Papa Wojtyla en el contexto de su visita a Brasil en Rio de Janeiro, enumeraba también algunos de los peligros en los que se encuentra el matrimonio y la familia en la actualidad, y diferenciaba muy precisamente tales peligros entre amenazas de orden social, de orden moral y las del orden civil; en las primeras denunciaba las condiciones infrahumanas y míseras de vivienda, higiene, salubridad y educación, situaciones todas consecuencia del alto índice de desempleo o bien de salarios muy injustos y además insuficientes, sobre todo en Latinoamérica y África. En cuanto a las de orden moral, las cuales ya he explicado antes, son las referentes a la tendencia generalizada en todo el mundo, que consiste en la constante disgregación de los matrimonios y la familia, por ejemplo el “divorcio exprés” en España. Las de orden civil, derivan de la legislación que el Estado legitima referente a la familia, que es cada vez más permisivo, lo que resulta siendo una fuerza negativa para aquellos que procuran vivir cobijados por una ética más elevada de la que ofrece la Ley, y es también una fuerza desmotivadora para las nuevas generaciones y los jóvenes que aún no se han casado o formado su

familia, circunstancias que terminan imprimiendo al espíritu del hombre un extendido temor a aventurarse y arriesgarse por unirse a una mujer, o a un hombre para toda su vida y forjar juntos una historia de amor, de penas y alegrías, que nos mas sino la historia de una familia, porque hechos varón y hembra, está determinada de manera natural la complementariedad de los sexos y la unión de ellos por medio de la experiencia del amor, que impregna y toca todos los niveles, aún los recodos, de la existencia humana. El matrimonio y la familia que deriva de él, están profundísimamente vinculados a la dignidad de la persona humana, porque no son el fruto del solo impulso instintivo y la pasión desbordadas, y no solo del mero afecto; ante todo son fruto de una libre decisión de la voluntad, de una adhesión libre del uno para el otro, esto es el amor personal, amor por el que el hombre y la mujer no solamente se hacen una sola carne mediante la unión de sus cuerpos, sino también un único corazón y una sola ánima, por eso, tal unión solo es digna del hombre y la mujer en el legítimo lugar que garantiza la fidelidad personal entre ellos, esto es el matrimonio; esta fidelidad matrimonial, que en el mundo contemporáneo es ridiculizada, es también una expresión de la dignidad incondicional de la persona; dijo el pensador de Wadowice en Colonia, Alemania al respecto:

No se puede vivir solamente de prueba, no se puede morir solamente de prueba. No se puede amar sólo de prueba, aceptar a una persona solo de prueba y por un tiempo determinado. Así pues el matrimonio está orientado hacia la permanencia, hacia el futuro. Mira siempre hacia delante. Es el único lugar adecuado para la procreación y educación de los hijos⁵¹.

El pensador es enfático y enérgico, y concorde a las enseñanzas de la Iglesia de Roma en la exhortación ***Familiaris Consortio***, al condenar y reñir con toda

⁵¹ JUAN PABLO II. Homilía ante 300.000 fieles católicos, en el contexto de la celebración de la Eucaristía. Estadio de Butweiler Hof, en Colonia Alemania.

clase de práctica que intime y mine la fidelidad en el matrimonio como la poligamia, y todo atentado que busca destruir el vínculo eterno por el que los esposos optan al casarse como el divorcio.

Para Wojtyła en la familia reside, y de la familia depende al mismo tiempo, más que de cualquier otra sociedad, institución o ambiente el futuro del hombre, futuro que es el mismo hombre, nacido del hombre, de un padre y de una madre, que son un hombre y una mujer; por eso el futuro del hombre se decide en la familia, de la que el matrimonio es la base, así como la familia es el vértice o la cumbre del matrimonio, por lo que es imposible separar el uno del otro; ésta es una verdad muy evidente, pero al mismo momento es también una verdad peligrosamente atacada, y aunque es una realidad que algunos, no pocos, matrimonios fracasan, no es este hecho desafortunado una prueba de la ineficiencia o ineficacia del amor y de los votos de fidelidad como algunas posiciones ideológicas lo afirman; de la misma manera que la diferencia física, psíquica o anímica y psicológica entre hombre y mujer es inquebrantable e indudable, así también lo es al mismo tiempo que tal contraste es complementariedad natural, en la que radica la indisolubilidad de su compromiso recíproco de donación personal y total, exigida también por el bien de sus hijos.

3.3 EL SENTIDO DEL DOLOR Y EL SUFRIMIENTO, Y LA BÚSQUEDA DE LA PLENITUD.

El sufrimiento del prójimo, el sufrimiento de otro hombre igual en todo a mí, suscita siempre en quienes no sufren un cierto malestar y casi un sentido de embarazo. Viene instintivamente una pregunta: ¿Por qué él y no yo? No es lícito sustraerse a esta pregunta, que es

la expresión elemental de la solidaridad humana. Pienso que esta solidaridad fundamental es la que ha creado la medicina y todo el servicio sanitario en su evolución histórica hasta nuestros días.

Debemos, pues, detenernos un poco ante el sufrimiento, ante el hombre que sufre, para volver a descubrir este vínculo esencial entre el “yo” humano mío y el suyo. Debemos detenernos un poco ante el hombre que sufre para testificarle y, en cuanto sea posible, testificar juntamente con él, toda la dignidad del sufrimiento, diría toda la majestad del sufrimiento. Debemos inclinar la cabeza ante los hermanos o hermanas que son débiles e indefensos, privados precisamente de lo que a nosotros se nos ha concedido y de lo que gozamos cada día.

Estos son sólo algunos aspectos de esa gran prueba que tanto cuesta al hombre, pero que al mismo tiempo lo purifica, como purifica a quien trata de solidarizarse con el otro, con el “yo” humano que sufre.⁵²

Como lo atestigua y declara este fragmento del discurso habitual durante el rezo del ángelus que el Papa Wojtyla realizaba, el sufrimiento es una realidad terriblemente verdadera, real, concreta y muy desgarradora.

El sufrimiento y el dolor es un aspecto de la vida humana, que ha acompañado la historia del hombre desde siempre, en todos los tiempos, y precisamente para descubrir la fuente más profunda del mal que existe en el mundo, hay que adentrarse en los más profundo del corazón del hombre, porque así como el bien y el amor humanos provienen del corazón del hombre, de la misma manera el mal proviene de ese mismo corazón. Para Wojtyla no bastarían los análisis sociológicos o las políticas macroeconómicas para traer la justicia y la paz, porque la raíz del mal se encuentra sembrada en el interior del hombre,

⁵² JUAN PABLO II. Durante el rezo del ángelus, Ciudad del Vaticano, 11 de febrero de 1979.

así mismo el remedio, que sería el amor como verdadero sentido moral y social, que permea el mundo como el relente lo hace en la noche. ¿Pero de qué clase o majestad de amor, es del que el pensador hace tanta apología? De un amor que se reveló mediante un signo histórico y un hecho real, la cruz, en la que se desvela y ausculta el más profundo rostro de Dios, y que al mismo tiempo, expresa en la vida humana la cercanía de lo que es divino y de lo que es humano. Es decir que la dimensión catastrófica del sufrimiento se transforma, cuando a la luz de la revelación y del amor es vivido con su justa dignidad en un signo de prominencia de la dignidad humana.

Cuando el hombre piensa y reflexiona el sufrimiento, recuerda o se percata de la inmensidad del dolor humano, ese dolor que lo circunda como una amenaza y del que no se podrá nunca sustraer; el dolor por ejemplo de los enfermos, de los gravemente enfermos, incurables e inválidos; de las víctimas de la guerras y de las injusticias sociales, los privados de libertad, ó de los que sufren en silencio y solos, profundamente solos, como torturados de una terrible soledad estando en medio de las multitudes; situaciones todas tan supremamente duras, crueles y frías, que llevan al hombre a hacerse una de las preguntas más fundamentales de su existencia, formulada por él para sí mismo, esto es “¿yo para qué vivo?”. Wojtyla afirmará que los que siguen a Jesús de Nazaret, por la luz de la revelación, saben que el fin de la vida es la felicidad, y que incluso junto a la revelación, la razón afirma categóricamente que ni el universo ni el hombre son autosuficientes y autónomos, además la gran filosofía perenne demuestra la necesidad absoluta de un primer principio, increado e infinito, es decir el arquitecto o creador de todo lo que existe y del hombre.

Para Wojtyla, un hombre profundamente creyente, la respuesta a la pregunta fundamental que enuncié más arriba, es una respuesta metafísicamente segura, el hombre vive y fue creado por Dios para ser partícipe de su felicidad, de la felicidad perfecta y absoluta que se encuentra en quien es también perfecto y absoluto.

Alcanzar ese fin último de la vida, constituye el ansia y el tormento del hombre; pero el camino que conduce hacia tal fin, está escrito e indicado en la ley moral, que a su vez se encuentra inscrita en la conciencia de cada hombre, y que consiste concretamente en el amor al otro; el que ama es feliz, está pleno, gratificado y colmado.

El misterio del dolor y el sufrimiento ha estado de manera implacablemente presente tanto en el discurso como en la vida del pensador Wojtyła, incorporado incluso a su vida física, cuando fue víctima del atentado en la Plaza de San Pedro, en Roma y las subsecuentes consecuencias del deterioro físico, como fruto de una incompleta recuperación del fatídico hecho, y por el advenimiento imparable de los años y las vejez, y con ellos las enfermedad. El 11 de febrero de 1984, se publica la carta ***Salvifici Doloris***, en la que quiso hablar, consolar y acercarse a la humanidad que sufre física y moralmente, en medio de una civilización hedonista y muy egoísta que le da la espalda al sufrimiento y quiere olvidar, e incluso erradicar el dolor como se erradica una plaga o una enfermedad; pero contradictoriamente, es esta civilización, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, la que se ha armado un batallón de razones cargadas de dolor, como la amenaza reinante de una posible guerra nuclear que sería el final de la existencia humana sobre el mundo. En ésta misma carta, con una conmovedora ternura hacia el hombre sufriente, afirma el filósofo que el sufrimiento está presente en el mundo no por un castigo divino sobre el hombre por sus errores y culpas, sino porque el sufrimiento provoca sobre los que no lo padecen hacia los que sí, amor; sostiene el Papa Juan Pablo II, que el sufrimiento está presente en el mundo todos los días, para que éste ablande voluntades y corazones, y transformar toda la civilización humana en la civilización del amor, porque ante el dolor ajeno el hombre debe sentirse llamado de una manera imperativa y personal a la solidaridad, a no pasar de largo e ignorar y despreciar, sino salir al encuentro del otro con diversas y múltiples iniciativas, ya sea por el padecimiento de un dolor físico, o si es el alma la que llora.

De las multitudes que robustecen el número de desempleados o explotados laboralmente, quiso ser la voz de los que no tienen voz, o por lo menos de aquellos que la tienen pero nunca es escuchada, y al respecto la carta ***Laborem Excercens***, es precisamente la voz de tan punzante preocupación. En ciertos países en vías de desarrollo, sobre todo en el ámbito de la explotación de la tierra y el trabajo agrícola, los hombres son todos los días obligados a cultivar tierras de otros de una manera muy feudal, explotados por los hacendados, y sin la esperanza, ni la más remota, de poder jamás acceder a tierras suyas, propias, y no existen, más preocupante aún, figuras legales, decretos, sanciones o proyectos de ley que protejan la persona del trabajador y su familia para su vejez, enfermedad o edad de retiro.

La pobreza y la injusticia social, estos dos yugos inhumanos, pueden ser combatidos mediante transformaciones audaces y profundamente innovadoras, pero centralmente humanistas. Por todo el mundo, en el gigantesco número de discursos, homilías, escritos, exhortaciones, comentarios y voces suyas proclamó la verdad entera, la verdad de NO a la violencia y no a la injusticia social. La persona humana vive en comunidad y en sociedad, y no puede encerrarse en una interpretación individualista de la moral, porque olvidaría entonces la dimensión social de la que hace parte y que al mismo tiempo comporta y conforma. Los pueblos en vías de desarrollo, los pueblos pobres y los pueblos que están aún hoy en esta edad, aparentemente civilizada, privados de la libertad, son los jueces de aquellas naciones que se erigen como imperialistas, como supremacía económica y monopolista, dijo durante su visita a Canadá. La cuestión es que, la erradicación del hambre y la pobreza no constituyen todo el combate contra la miseria, eso sería insuficiente; se trata más bien, dijo el Papa también durante su visita a Canadá, de edificar un mundo en el que todos los hombres puedan vivir un vida verdadera y plenamente humana.

4. EL HOMBRE EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO.

Wojtyla se acerca a la situación del hombre en el mundo contemporáneo también mediante la acción o el acto, que permite entender como la persona se construye a si misma al momento de construir el mundo.

Para Wojtyla, el hombre imprime a la sociedad un modo de subjetividad cuando a través de la acción solidaria, ésta se establece como dinámica estable y que estabiliza una comunidad determinada. El Estado, la democracia y el mercado sólo pueden establecerse a la altura de la dignidad humana, cuando son constituidos y diseñados sus planes programáticos operantes a favor de la subjetividad personal y social. El hombre es el camino que deben recorrer todas las instituciones que buscan su realización, en el cumplimiento de sus deberes y misión. El hombre en su realidad singular, porque es persona, tiene una historia propia de su vida y una historia propia de su alma, escrita por medio de los numerosos lazos, contactos y estructuras sociales que lo unen a otros hombres situados también en el mundo⁵³.

Wojtyla estuvo siempre profundamente convencido de que el trabajo constituye y compone una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra⁵⁴, mediante la cual busca la realización de su humanidad, perfeccionamiento de su vocación como persona en virtud de su misma humanidad; no solo transforma la naturaleza del mundo físico que ocupa, adaptándola a sus necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre; en cierto sentido, la posibilidad de transformar el mundo que habita lo hace ser mas hombre, nos sugiere el pensador polaco⁵⁵, pero, transformarlo no es hacerle empujes al movimiento giratorio de la tierra y de la historia, hacia la

⁵³ JUAN PABLO II. Memoria e identidad. Op. Cit., p. 16.

⁵⁴ JUAN PABLO II. Carta Encíclica *Laborem Excercens* sobre el trabajo humano. Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1981. No 4.

⁵⁵ Ibid., no. 6.

afirmación de que el mundo evoluciona, de una manera mal interpretada, como solamente la consecución de una mayor libertad de costumbres, que no es más sino la máscara sombría con la que el relativismo moral se esconde. No puede ser considerada una medida del “progreso ético” o una tendencia evolutiva del mundo, la que sostiene la práctica del aborto, de la eutanasia, de la pena de muerte, de los métodos anticonceptivos y los métodos anticonceptivos artificiales antinaturales, de la declinación de la moral y la argumentación del caos como doctrina o sistema social de vida, las deformaciones del amor que no son mas sino mera experiencia de placer personal que desfigura y deforma a la persona convirtiéndola en objeto, la mentalidad que se ha infiltrado en la sociedad que fomenta la inestabilidad matrimonial y el egoísmo, en pro de un incondicionado libertino permisivismo sexual.

4.1 EL SENTIDO DE LA VIDA EN LA RELACIÓN DEL HOMBRE CON EL OTRO.

Para Wojtyla el hombre ha sido creado como humanidad, perceptiblemente por encima y superpuesto al mundo visible, inteligente, libre, capaz del amor y del bien, y también susceptible de ser engañado, capaz de darse y sobre todo idóneo o apto para relacionarse y entrar en comunión con el otro; es el único ser que puede transformar el mundo y dominarlo, y mediante actividades específicas gobernarlo y en otras destruirlo; unicidad que le revelan cómo ser superior, específicamente distinto a todos los seres de la naturaleza; no es superior solo según un grado de perfección determinado, sino que es radicalmente diferente a todo lo que existe. Tiene la facultad o el poder de dar nombre a las cosas, porque conoce de una manera más alta que los animales las cosas, pues no es posible nombrar algo si no se le conoce; no se trata solo de designar para distinguir unas cosas de otras, sino también en sentido de expresar a través del nombre lo que las cosas son, al reconocimiento de la realidad de la relación que la persona construye con lo otro, es una suerte de

intimidad personal del hombre con el mundo; en tal relación y experiencia, aunque se encuentra rodeado de una multiplicidad cuantitativa y cualitativa de seres vivos y fenómenos universales, se descubre solo; aunque nombra todo cuanto se percata existir e incluso lo que no ve existir, no encuentra en ello su equivalente, no otro que sea como él y que pueda entregarse como él y al que se pueda entregar. El cuerpo mediante el cual el hombre participa y está situado en el mundo que habita, y a través del cual él es persona, lo hace también consciente de estar solo y de estar sustancial y evidentemente distante ontológicamente de la *animalia*. El es el único ser en toda la naturaleza que es persona, en la que está depositada la necesidad imperante de entregarse, y el sufrimiento desbordante por no poder calmar su sed al descubrirse solo, que ahonda y agrieta en él, en el centro de su humanidad, la aspiración visceral de otra persona semejante a él, que pueda al mismo tiempo recibir su entrega y de la que pueda recibir lo mismo, homogeneidad ontológica total; en el plano del ser, la mujer es de la misma humanidad que el hombre, y el otro, varón o mujer también lo es. La aspiración por el otro y la experiencia de soledad además, presentan también la experiencia elemental de la trascendencia característica de la persona, y la inherente posición en la que se encuentra siempre, que consiste en la apertura y anhelo de la comunión de personas.

La categoría *comunión* en Wojtyła es muy amplia, concretamente refiere a la existencia de la persona para la persona, explicó en la audiencia general de los miércoles del catorce de noviembre de 1979, en las cuales desplegó aleatoriamente, desde septiembre del 79 lo que algunos ya denominan “*la revolución Wojtyliana*”, reflexiones antropológicas muy novedosas de las cuales ya hice mención más arriba y que citaré más adelante.

Para nuestro pensador, el hombre se descubre a sí mismo y descubre y reconoce el mundo a través del otro, es un movimiento interno en el que el hombre sale de sí mismo y se reconoce en el otro, se acepta y acepta la alteridad, y lo más importante, adquiere conciencia de que su existencia radical está referida a la existencia radical del que es como él, pero que no es él al mismo tiempo.

4.2 EL AMOR, FUNDAMENTO INEXORABLE DE LA NORMA PERSONALISTA: “NO SERVIRSE DEL OTRO, NO UTILIZARLE”.

En Antananarivo Madagascar, el 29 de abril de 1989, el Papa Wojtyla decía del amor, a la multitud de personas que lo escuchaban, así, de esta manera:

Toda la historia de la humanidad es la historia de la necesidad de amar y de ser amado. Cualquiera que sea el uso que de él hacen los humanos, el corazón, símbolo de la amistad y del amor, tiene sus normas, su ética. Hacer sitio al corazón en la construcción armónica de vuestra personalidad nada tiene que ver con la sensiblería y menos aún con el sentimentalismo. El corazón es la apertura de todo ser a la existencia de los demás, la capacidad de adivinarlos, de comprenderlos. Por eso, algunos se sienten tentados a deshacer su personalidad, encerrados en sí mismos.

Amar es, por tanto, esencialmente entregarse a los demás. Lejos de ser una inclinación instintiva, el amor es una decisión consciente de la voluntad de ir hacia otros. Para poder amar en verdad, conviene desprenderse de todas las cosas y, sobre todo, de uno mismo; dar gratuitamente, amar hasta el fin. Esta desposesión de sí mismo es fuente de equilibrio. Es el secreto de la felicidad. Vosotros valéis lo que valga vuestro corazón (...) ⁵⁶.

El amor no es algo que se aprenda, pero a la vez no hay nada que sea más imperativamente necesario de enseñar ⁵⁷. De la misma manera que Wojtyla defenderá ad versus los que promueven la declinación de la moral, que el bien

⁵⁶ JUAN PABLO II. Mensaje a los jóvenes, Antananarivo-Madagascar, el 29 de abril de 1989.

⁵⁷ JUAN PABLO II. Cruzando el umbral de la esperanza. Barcelona: Plaza & Janés, 1994. pp. 132-133.

no es un punto de vista, su lucha indefectible por la decencia se hizo imperativa en una era que escupe la moral argumentando que la única moral es el azar, sin prejuicios; aquí es donde aparece lo que él llama la norma personalista, una regla absoluta que toma de Emmanuel Kant, depurándola e incluso reinventándola mediante el estilo personalista: no servirse del otro, no utilizarle; norma que, es a la vez el fundamento de toda la moral, según lo atestigua, argumenta y demuestra Wojtyla, el fundamento de la moral es no usar al otro nunca; el otro, que no tendría que ser susceptible de ser cosificado o instrumentalizado, si es así, si es cosificado, destruyo su estatuto de persona, cerceno su dignidad humana y lo convierto en medio, lo fragmento; el amor es la antítesis del uso utilitarista⁵⁸.

Algunos espacios de las sociedades contemporáneas proponen modelos de comportamiento que, en nombre de la “modernidad” reducen el valor superior de la persona, cuando establecen ordenamientos políticos y jurídicos, y modelos de espíritu nacional que detentan perjudiciales consideraciones y antropologías muy endeblas, reduciendo el contenido verdadero del amor humano, de la libertad, de los vínculos que tejen las personas entre sí, como el matrimonio, la paternidad, la cultura, el estado, las costumbres, etc.

⁵⁸ SEMEN, Op. Cit., p. 42.

5. CORRESPONDENCIA ENTRE VERDAD Y LIBERTAD EN LA VIDA HUMANA.

Cuando la conciencia, que es según Wojtyla, un ojo luminoso y radiante del alma, llama al mal bien y al bien mal, seguro caminamos hacia la senda de la degradación humana; el hombre ciego moralmente, elabora una reinterpretación o malinterpretación del bien, bajo la excusa de que éste, no es más sino una categoría de un discurso determinado coercitivo, un punto de vista imaginado, una opinión. Ésta tendencia es la que aparece repetitivamente en los medios de comunicación social, a los que Wojtyla considera como el nuevo “areópago”⁵⁹ del mundo actual, que son en ocasiones cómplices de una conjura contra la vida, infiltrando gradualmente en ritmo creciente en la opinión pública, una cultura que exhibe la anticoncepción, la esterilización, el aborto, la eutanasia, e incluso ciertos tipos de políticas públicas muy oscuras como recursos y alternativas del progreso, y lo más preocupante, como conquistas de la libertad, a la que confunden sustancialmente⁶⁰, incluso como un modo de liberación del espíritu humano frente a cualquier figura de divinidad; el eclipse del sentido de Dios es también el crepúsculo del sentido del hombre, que conduce irrevocablemente al materialismo práctico a ultranza, en el que habitan el utilitarismo, el hedonismo y el individualismo, que se esconden bajo el techo de una promulgada “calidad de vida” entendida exclusiva y herméticamente como eficiencia económica, que es en esencia consumismo desordenado, que menoscaban las dimensiones más profundas de la existencia, viviendo de modos muy superficiales; sin Dios por ejemplo, las personas no solo oscurecen el misterio de las realidades trascendentes, sino que también el misterio del mundo y el de su propio ser queda inescrutablemente indescifrable.⁶¹

⁵⁹ JUAN PABLO II. Mensaje para la jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1980.

⁶⁰ JUAN PABLO II. Carta Encíclica *Evangelium Vitae*. Op. Cit., no. 17.

⁶¹ *Ibid.*, no 22.

La pretensión de establecer el aborto, el infanticidio, o la eutanasia como supuesto tratamiento médico, el suicidio voluntario, el matrimonio de personas afectas a su mismo sexo, el consumo de drogas o sustancias psicoactivas como derechos, e incluso en los casos más extremos el genocidio y la carrera armamentista, someten y humillan la dignidad de la persona humana, y la vida que es siempre un bien, una intuición y también un dato de la experiencia, resulta envuelta en una pantalla de tiniebla que no la deja ser comprendida en su real dimensión radical, y el otro, hombre o mujer, infante o adulto mayor, que es reflejo de Dios mismo, meta definitiva y satisfactoria de toda persona⁶², se encuentra amenazada en su integridad personal y humana. Si el hombre concreto, situado en el mundo contemporáneo no considera y dimensiona con justo valor la vida como una realidad sagrada⁶³, la convierte simplemente en una cosa, a la que aprisiona como si fuese su propiedad exclusiva, dominándola y manipulándola, razón por la que es apremiante una nueva cultura de la vida humana, como edificación de una civilización auténtica, cimentada en la verdad y el amor⁶⁴.

El 8 de agosto de 1993, es publicada la carta ***Veritatis splendor***, que traduce: el esplendor de la verdad, en la que el Papa Wojtyla explica claramente los fundamentos de la moral, teniendo en cuenta la situación cultural y social del mundo contemporáneo, en la que aparecen corrientes de pensamiento que declaran aversión a los postulados de carácter cristiano sobre moral, pretendiendo erradicar la relación esencial de la libertad humana constituida en torno a la verdad, negando por ejemplo la ley natural y el nexo entre la fe y la moral, defendiendo que las cuestiones sobre la conducta no son relativas al juicio de la doctrina de la iglesia católica, sino exclusivamente a la conciencia individual.

La vida moral en su horizonte amplio, lejos de todo legalismo y rigorismo, es el crecimiento del hombre en la libertad; al respecto, la norma y el mandamiento

⁶² Ibid., no 35.

⁶³ JUAN PABLO II. Mensaje para la jornada mundial de la paz, abril de 1999.

⁶⁴ JUAN PABLO II. Carta Encíclica *Evangelium Vitae*. Op. Cit., no. 6.

no son un límite mínimo que no puede ser sobrepasado, son más bien la ruta, una bitácora impulsada por el amor, que conducen a la perfección. Como se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo idealista de considerarla como un absoluto, fuente de los valores, se le ha por tanto imputado a la conciencia individual la franquicia de una instancia suprema e infalible del juicio moral, lo que ha acaecido en un concepto radicalmente subjetivo del juicio moral, causa del espectro afiebrado por una ética individualista, en la que cada sujeto encuentra y se adhiere a su verdad particular, diversa de la verdad de los demás.

Resulta contradictorio que en el mundo contemporáneo, desde la modernidad, que es cuando más se ha fanatizado en torno a la libertad, sea al mismo tiempo la época en la que los determinismos han reinado y operado, y subyugado, y a la vez, se niegue la noción de libertad humana a causa del exacerbado y exagerado descrédito a los condicionamientos históricos, sociales, psicológicas, biológicos y religiosas.

Karol Wojtyla reconoce una justa autonomía del hombre y aclara sin negar que el hombre exista ubicado siempre en una cultura concreta, que no es en ésta última donde el hombre se agota, más bien la naturaleza del hombre es la medida de la cultura de la que no puede ser prisionero y rehén.

5.1 LA PERSONA, EL AMOR, EL CUERPO Y LA VIDA, UNA MIRADA DESDE LA ÓPTICA DE KAROL WOJTYLA.

Considerando la dignidad humana, es decir bajo su significado más elemental como una determinada categoría de un ser que reclama estima y amor, custodia y protección, y realización, ésta última como algo inexcusablemente dado en su estructura íntima y esencial metafísica, y que reclama junto a las demás cosas que demanda, ser llevada a cabo como si fuese una tarea,

conduce a considerar y entender al ser humano en una posibilidad no acabada; por tanto la moral de la persona, es comprendida como la apreciación y estima que ésta misma tenga acerca de sí, y sumando que la antropología Wojtyliana supera el dualismo reinante de muchas antropologías, presentando al hombre como creado, imagen y semejanza de Dios, y con esta referencia divina en cuanto ser humano, permite resignificar lo concerniente al hombre en su tarea con el mundo y en posibilidad de ser un proyecto no terminado que está catapultado hacia el fin último de la vida, la felicidad. Una ética de la persona, o ética personalista, no puede estar divorciada de la reflexión del ser del hombre y de su ser en relación con los otros, ambas dimensiones están íntimamente unidas y son normativas en el contexto del movimiento moral que tiene doble dirección, una la autorrealización personal y la otra la realización con los demás; es decir que del modo como se entienda el ser humano se derivaran y desglosaran un elenco de normas y valores para su comportamiento.

Desde la fenomenología, la cual influyó e intervino en el pensamiento de Wojtyla desde su preparación académica en la universidad, la persona es un ser relacional, dirán E. Husserl y Levinas. La persona es un ser necesitado, en estado de abierto, porque solo se desarrolla y plenifica mediante el otro, no solo coexiste sino que su ser es un ser con otro; la alteridad por tanto se transforma en pregunta, me interpela; tal apertura ó abertura del ser siempre es eminentemente humana, tal apertura le hace al hombre “pastor del ser” (M. Heidegger) y “guardián del hermano” (E. Levinas).

En los siglos XIX y XX, Freud y Nietzsche plantean que no existe el bien ni el mal por la naturaleza. Freud identifica la identidad de la persona mediante el compuesto de tres pulsiones básicas, el ello, el yo y el super yo, y con el fin de cuidar las normas de convivencia sociales inevitables y necesarias, es necesario controlar las pulsaciones de los instintos; para Nietzsche el sujeto es lo que hace nuestra voluntad de poder; la persona según el pensador alemán, no debería ser recatada ó cauta ni siquiera ante la convención social, no debería reprimírsele nada. El sujeto que estos dos pensadores proponen no es un sujeto ético, porque ejerce y libera su “pathos” de acuerdo a como se lo

demande su voluntad y en la medida de las posibilidades. El deseo, para ambos es lejos, mucho más fuerte que la razón moral y mucho más que una supuesta naturaleza humana. Por tanto los valores morales objetivos practicados por la persona de modo natural, como lo afirmará Wojtyła, desaparecen, es decir que la virtud, según ambos pensadores alemanes consiste escuetamente en la victoria del dolor, en su evitación. Tales argumentos o supuestos, son solo unos cuantos de miles que abonan el terreno para que la persona sea cosificada. Wojtyła dirá que la persona es un fin en sí mismo, la persona no es un objeto, ella es por excelencia lo que no puede ser tratado como objeto. La persona es, afirma E. Mounier:

(...) un ser espiritual constituido como tal por una manera de subsistencia y de independencia en su ser; conserva esa subsistencia por la adhesión a una jerarquía de valores libremente aceptados, asimilados y vividos por un compromiso responsable y una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad, y desarrolla además a impulsos de actos creadores su vocación personal.⁶⁵

Wojtyła, como más arriba lo indicaba, dirá que la persona es la realidad suprema sobre toda la tierra, cualitativamente superior a todo lo demás, una realidad ontológicamente digna, por tanto un fin en sí y nunca un medio. De aquí que, Wojtyła entienda que el paradigma de todas las relaciones humanas sea el hombre y la mujer, no solamente “yo”, es decir el paradigma de la relación yo-tu, que es la expresión original y auténtica de las relaciones personales, no impersonales, las primeras, que son el medio por el cual se construye la comunidad. El ser humano concreto, del que también hablamos más arriba, existe como varón o como mujer, y desde el punto vista meramente

⁶⁵ MOUNIER, Emmanuel. Obras completas. Salamanca: Sígueme, 1981. p. 33.

biológico, no moral, ya se entiende que sea impensable concebir al hombre sin la mujer y a la mujer sin el hombre.

La persona humana está tan profundamente atravesada por la sexualidad, que ésta es uno de los factores que dan a la vida humana cada uno de los rasgos más primordiales que la distinguen, porque de la sexualidad derivan y resultan las características que en el plano espiritual, biológico y psicológico le hacen hombre o mujer. La sexualidad es un modo constitutivo del ser, que comprende íntegramente toda la totalidad, no solo corpórea de la persona, ya desde la composición y estructura molecular de las células pasando por la configuración orgánica del cuerpo, hasta el ámbito psíquico y espiritual. El cuerpo sexuado, no es una mera realidad orgánica o reproductiva, sino que manifiesta y expresa también una manera de ser distinta, única, que está orientada en el ámbito de la dimensión unitiva y sexual, en el caso de la mujer hacia el don y la acogida de ella por parte del varón en el caso del hombre, pero que siempre es una relación recíproca y dinámica. Para el Papa Wojtyła, el cuerpo sexuado y la sexualidad en sí, son signos fehacientes de la vocación del hombre a ser don para otro, así lo confirma éste fragmento de la carta *Familiaris Consortio*:

Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y, consiguientemente, la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano.

En cuanto espíritu encarnado, es decir, alma que se expresa en el cuerpo informado por un espíritu inmortal, el hombre está llamado al amor en ésta su totalidad unificada.

El amor abarca también el cuerpo humano y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual (...)⁶⁶.

En ésta misma carta, citada ya en varias ocasiones, el Papa Wojtyla asevera que el hombre al no poder vivir sin el otro, no puede tampoco vivir sin amor, porque es éste el que posibilita que la persona se realice mediante la entrega sincera de sí mismo. Para Wojtyla amar significara dar y recibir lo que no se puede comprar o vender, sino solo dar o regalar de una manera enteramente libre e irrevocable, porque la naturaleza de la persona exige que así lo sea, que sea irrevocable; carácter que es a la vez el carácter sponsal del amor humano. El ser humano se expresa mediante el universo del lenguaje si y solo si, a través de la relación con un “tu”.

En la carta a las familias del 2 febrero de 1994, *Gratissimum Sane*, el Papa polaco, con indeclinable elocuencia y admirable discurso, dice:

Los dos sujetos humanos, aunque somáticamente diferentes por constitución física como varón y mujer, participan de modo similar de aquella capacidad de vivir “en la verdad del amor”. Esta capacidad característica del ser humano en cuanto persona, tiene a la vez una dimensión espiritual y corpórea. Es también a través del cuerpo como el hombre y la mujer están dispuestos a formar una comunión de personas en el matrimonio.⁶⁷

⁶⁶JUAN PABLO II. Exhortación apostólica postsinodal *Familiaris Consortio* sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual. 3.ed. Madrid: Paulinas, no. 11.

⁶⁷JUAN PABLO II. Carta *Gratissimum Sane* dirigida a las familias. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice, 1994. no. 7, 11.

5.2 ESTRUCTURA CENTRAL DE LA PERSONA Y LIBERTAD.

El pensador, realizando una recapitulación e integrando fenomenología y tomismo configura una antropología, que además de sintética de las teorías enunciadas, es novedosa, explicando por ejemplo la estructura central de la persona a través de conceptos como el de libertad, que es expresión humana de autodeterminación y elección. Explica Juan Pablo II⁶⁸ que la libertad es un don grande sólo cuando el hombre sabe usarla responsablemente para todo lo que es verdadero bien, por ejemplo en el uso y la práctica de la caridad, que se realiza en la donación y el servicio, en la solidaridad. El proceder del hombre, el ejercicio de su libertad no se encuentra limitado por Dios, como algunas posiciones filosóficas lo alegan, sino que al contrario, la libertad se encuentra alentada precisamente por la ley moral que Él ha impreso en el corazón del hombre, que es siempre liberadora, porque siempre está dirigida al bien. Dice el profesor Wojtyła⁶⁹ que ésta ley de Dios no atenúa, ni erosiona, ni elimina la libertad del hombre sino que por el contrario la garantiza, la soporta y la promueve. El mundo contemporáneo, o al menos varias tendencias culturales actuales apoyan orientaciones éticas que riñen con tales declaraciones de Karol Wojtyła, proponiendo que existe un conflicto entre libertad y ley, atribuyendo a cada individuo o a los grupos sociales determinados la rectoría y la facultad de decidir sobre el bien y el mal; es decir que los valores serían una creación de la libertad humana, y ésta estaría por encima de la verdad, porque también la verdad sería una creación de la libertad; tal concepción no es más sino un argumento defensor de la autonomía moral, que es siempre muy delicada y un tema muy espinoso.

“La relación que hay entre la libertad del hombre y la ley de Dios tiene su base en el corazón de la persona, o sea en su conciencia moral (...) Por eso el modo

⁶⁸ JUAN PABLO II. Carta encíclica *Redemptor Hominis*. Madrid: P.P.C., 1979. no 21.

⁶⁹ JUAN PABLO II. Carta encíclica *Veritatis Splendor*, sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia. Santiago de los Caballeros: Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM), 2001. No 35.

como se conciba la relación entre libertad y ley está íntimamente vinculado con la interpretación que se da a la conciencia moral”⁷⁰. La libertad, en todos sus aspectos, debe de estar anclada en la verdad, porque solo estando atada a ella, puede conducir al hombre a su verdadero bien, que consiste en estar y realizar la verdad, pero el hombre en el desarrollo de su existencia, se percata que esta vocación a realizar la verdad se encuentra a veces fracturada, cito al maestro Wojtyla al respecto:

El hombre descubre que su libertad está inclinada misteriosamente a traicionar esta apertura a la Verdad y al Bien, y que demasiado frecuentemente, prefiere, de hecho, escoger bienes contingentes, limitados y efímeros. Más aún, dentro de los errores y opciones negativas, el hombre descubre el origen de una rebelión radical que lo lleva a rechazar la Verdad y el Bien para erigirse en principio absoluto de sí mismo: “Seréis como dioses” (Gn 3,5). La libertad, pues, necesita ser liberada. (...) Sabemos, por tanto, que el mundo, muchas veces, nos atrae en exceso y que vendemos nuestra libertad (...) La sociedad de consumo, ese exceso de bienes no necesarios al hombre, puede constituir, en cierto sentido, un abuso de la libertad, cuando la búsqueda cada vez más insaciable de bienes no está sometida a la ley de la justicia y del amor social⁷¹.

Para el pensador⁷² de Wadowice, el hombre ha sido provisto por Dios de maneras diversas, incluso con seres que no son personas, no desde fuera, mediante las leyes inmutables de la naturaleza física, sino desde dentro, mediante la razón que conociendo con la luz natural la ley eterna de Dios, es

⁷⁰ Ibid., no 54.

⁷¹ JUAN PABLO II. Mensaje para jornada mundial de la paz de 1981

⁷² JUAN PABLO II. Carta encíclica *Veritatis Splendor*, Op. Cit., No 35.

por esto mismo, capaz y apta de indicar al hombre la justa dirección de su libre actuación.

En el segundo capítulo de la carta *El esplendor verdad*, Karol explora algunas corrientes recientes de la teología moral, en relación con la contemporaneidad. Le reconoce a la cultura moderna actual, el sentido de confesión de la dignidad de la persona y de su unicidad, así como el respeto debido al camino de la conciencia, que según el maestro polaco es ciertamente una adquisición positiva de la cultura moderna. Más aún, advierte que estos logros y victorias, o conquistas quedan en algunas corrientes del pensamiento de hoy desvirtuadas por varias ópticas y desviaciones, cuando se exalta y se endiosa la libertad hasta el extremo, llegando a considerarla como un absoluto, como fuente de los valores, así como lo escribía tres párrafos arriba, que acaece subsecuentemente en una concepción radicalmente subjetiva del juicio moral. Estos errores son el resultado de una crisis de objetividad, una crisis en torno a la verdad, que termina también arrojando consecuencias como la consideración de una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, y por ser suya, diversa de la verdad de los demás. Tal situación es una paradoja, ya que en ésta edad del hombre en la que más se defienden las libertades, es también y directamente proporcional la edad en la que han aparecido más determinismos.

En cuanto a la justa autonomía del hombre, es necesario establecer la relación entre libertad y ley, como lo hizo el Papa, también en éste documento que ahora comento; porque dentro de esas tendencias morales y éticas individualistas, también se encuentra una fuerza ideológica que intenta debilitar o negar la dependencia de la libertad con respecto a la verdad, más concretamente con respecto a la verdad acerca de la ley natural.

El concepto de libertad dentro de la antropología Wojtyliana si admite una justa autonomía del hombre, además la ley natural no dicta otra cosa más sino el mismo bien humano, y por eso a la par, es ley divina y ley humana; la autonomía consistirá entonces, bajo este supuesto, en que el hombre es

poseedor o portador en sí mismo de la ley recibida del Creador y por no ser el autor de la ley moral, no quiere decir esto que el hombre sea su esclavo. Ley natural que ha sido ampulosamente criticada por ser de carácter naturalista y cargada de un biologismo desmesurado, sobre todo en las cuestiones en las que la ética sexual está implicada; más aún separar alma y cuerpo, como si el hombre no fuera unidad integradora de lo que es espíritu y materia, también separa el concepto de libertad del concepto de naturaleza, y la libertad a la margen de la naturaleza es el principio de la negación de la ley moral como una ley universal, porque no sería entonces natural, imposible de captar por parte de la conciencia, e imposibilitada entonces de emitir juicios, como testigo de las cualidades morales y norma de la moralidad personal, precisamente porque ella es la voz de los juicios que la verdad sobre el bien y el mal arroja, sabiendo que ésta, puede equivocarse, y por tanto debe ser formada.

CONCLUSIONES

Wojtyla a lo largo de sus escritos, documentos pontificales, alocuciones y discursos, confiesa estar influido y afectado por varias filosofías, a saber la metafísica, la antropología y la ética aristotélico-tomista, la fenomenología Husserliana y sobre todo el personalismo de Max Scheler; las cuales integró como vehículo para abarcar y dirigir su mirada ávida y anhelante al hombre, que se constituyó siempre como el tema central, neurálgico y más profundo de toda su producción, identificándolo fundamentalmente como un ser inteligente y libre, al que le es propio un modo de subjetividad que germina del hecho de que cada persona se experimenta a sí misma como responsable de sus propias acciones; por eso la insistencia suya en su obra *Persona y acto*, de afirmar que el acto revela al hombre como persona, como sujeto no reducible y alterable al mundo de los objetos. El punto de partida de Wojtyla y el punto de llegada es paradigmático, porque no comienza la reflexión del concepto metafísico de persona como vía para deducir de él los actos determinados a su composición ontológica, más bien, arriba a la persona mediante el análisis de sus actos, y de estos, el amor en su aspecto físico y espiritual es el acto más importante del que el hombre se percata como responsable, porque lo introduce a la relación con los otros, considerándolos en su justa medida y valor, y lo catapulta a la experiencia de la trascendencia divina. Tal consideración del otro, en su justo orden y valía, que está expresado ya desde la segunda enunciación del imperativo categórico Kantiano, es el que Wojtyla revalida como la norma personalista de la acción, para determinar que la condición de la persona es ser un fin y no un medio, que expresa al mismo tiempo su dignidad irreductible, conduciendo al respeto de los bienes fundamentales como la vida; respeto sin el cual se caería en el relativismo y en el arbitrio o autonomía moral; tema que atraviesa de cabo a rabo toda la carta que escribió en 1993 sobre cuestiones morales bajo el título *El esplendor de la verdad (Veritatis splendor)*.

Para el pensador de Wadowice, el fundamento de la moral nunca es un código, elenco o constitución normativa, ni tampoco una sustentación teórica radiante de los valores, sino que es la dignidad de la persona misma la medida de la moral completa.

Como Filósofo cristiano, y entiéndase la expresión como él mismo la aclaró en su carta *Fides et Ratio*, es decir que la enunciación de una filosofía cristiana no pretende involucrar a la Iglesia en una filosofía oficial, ya que la fe no es de ningún modo una filosofía, tal expresión más bien lo que indica o sugiere es un modo de pensar las cuestiones filosóficas desde la óptica del cristianismo, o sea una filosofía unida y vinculada al dato revelado; Wojtyła entonces, alcanza siempre impregnado de una inconmensurable preocupación por la persona, imprimir a ciertas cuestiones como la moral, la antropología, la ética, la metafísica, la política, las instituciones, el Cuerpo, la psique, los sentimientos y la libertad, etc, sus matices muy particulares y propios de su estilo, que hacen considerarlo como un revolucionario. Para cualquier observador sea objetivo o no, es indiscutible la huella de éste hombre en la historia universal de la humanidad, huella de la que no es posible sustraerse.

BIBLIOGRAFÍA

- BILBENY, Norbert. Aproximación a la Ética. Barcelona: Ariel, 1992. 334 p.
- BILBENY, Norbert. Exterminio metódico y apatía moral. En: Revista de Occidente. Madrid. no. 176. (Enero de 1996).
- BUTTIGLIONE, Rocco. El pensamiento de Karol Wojtyla. Madrid: Encuentro, 1992. 352 p.
- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL). A cien años de Rerum Novarum: seminario especial con motivo del centenario de la encíclica Rerum Novarum, del Papa León XIII, y de la publicación de la encíclica Centesimus annus, del Papa Juan Pablo II. Santiago de Chile: CEPAL, 1991. 50 p.
- CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual. Ciudad del Vaticano 7 de diciembre de 1965.
- CORPAS de POSADA, Isabel. Juan Pablo II leído con ojos de mujer. Bogotá: Bonaventuriana, 2007. 273 p.

- _____. La enseñanza de Juan Pablo II sobre la experiencia de pareja. En: Pareja abierta a Dios: aproximación teológica a la experiencia de pareja. Bogotá: Bonaventura, 2004. 590 p.
- _____. La verdad sobre el hombre en los escritos de Juan Pablo II. Bogotá: Theologica Xaveriana, 1986. 246 p.
- EQUIPO PAULINAS. Pensamientos de S.S. Juan Pablo II. Bogotá: Paulinas, 2007. 365 p.
- FERRATER MORA, José. Diccionario de Filosofía. Madrid: Alianza, 1979. 3589 p.
- HAALAND MATLARY, Janne. Derechos humanos depredados. Hacia una dictadura del relativismo. Madrid: Cristiandad, 2008. 261 p.
- JUAN PABLO II. Audiencias y Catequesis. En: Revista Ecclesia. Ed. No 1965 a 2027.
- _____. Carta apostólica Fides et Ratio sobre las relaciones entre fe y Razón. Bogotá: Paulinas, 1998. 168 p.
- _____. Carta Gratissimum Sane, dirigida a las familias. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice, 1994.
- _____. Carta apostólica Novo Millennio Ineunte. 4.ed. Madrid: San Pablo, 2001. 91 p.
- _____. Carta apostólica Mulieris Dignitatem sobre la dignidad y la vocación de la mujer. Santo Domingo: Corripio, 1989. 81 p.

- _____. Carta apostólica Salvifici Doloris sobre el sufrimiento humano. 3. Ed. Madrid: Paulinas, 1984. 69 p.
- _____. Carta Encíclica Centesimus Annus. Santa fe de Bogotá: Paulinas, 1993. 107 p.
- _____. Carta Encíclica Evangelium Vitae sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1995.
- _____. Carta encíclica Laborem Exercens sobre el trabajo humano. Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1981. 79 p.
- _____. Carta Encíclica Redemptor Hominis. Madrid: P.P.C., 1979. 78 p.
- _____. Carta encíclica Veritatis Splendor, sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la iglesia. Santiago de los Caballeros: Pontifica Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM), 2001. 67 p.
- _____. Cruzando el umbral de la esperanza. Barcelona: Plaza & Janés, 1994. 232 p.
- _____. Discurso a la organización de las naciones unidas para la educación, la ciencia y la cultura, 2 de junio de 1980.
- _____. Durante el rezo del ángelus, Ciudad del Vaticano, 11 de febrero de 1979.
- _____. Encíclicas y carta Tertio millennio adveniente. 4.ed. Madrid: EDIBESA, 1998. 1578 p.

- _____. Encuentro con las familias, lunes 1 de octubre de 1979. Hipódromo de Greenpark en Limerick, Irlanda.
- _____. Exhortación apostólica postsinodal *Christie Fideles Laici* sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1988.
- _____. Exhortación apostólica postsinodal *Familiaris Consortio* sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual. 3.ed. Madrid: Paulinas, 1981. 155 p.
- _____. Homilía ante más de un millón de peregrinos en la meseta de la Baja Silesia y Silesia de Opole, en el santuario de Jasna Góra en Polonia.
- _____. Homilía en la Eucaristía del 4 de Julio de 1986 en el Estadio Panamericano de Cali. En: mensajes de S.S. Juan Pablo II a los colombianos. Bogotá: SPEC, 1986.
- _____. Memoria e identidad. Santiago de Chile: Planeta, 2005. 200 p.
- _____. Mensaje para la jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1980.
- _____. Mensaje para jornada mundial de la paz de 1981.
- _____. Mensaje a los jóvenes, Antananarivo-Madagascar, el 29 de abril de 1989.

- _____. Mensaje para la jornada mundial de la paz de 1993.
- _____. Mensaje para la jornada mundial de la paz, abril de 1999.
- _____. Mensajes de Juan Pablo II: viajes apostólicos. México D.F.: Conferencia del episcopado mexicano, 1993. 143 p.
- _____. Visita del Papa Juan Pablo II a Nigeria, estadio nacional de Lagos, febrero de 1982.
- LIPOVETSKY, Gilles. El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Barcelona: Anagrama, 1994. 283 p.
- MARCEL, Gabriel. Ser y tener. Madrid: Caparrós, 1995. 180 p.
- MOUNIER, Emmanuel. Obras completas. Salamanca: Sígueme, 1988. 4 v.
- _____. Manifiesto al servicio del personalismo. Madrid: Taurus, 1972. 374 p.
- RAMIREZ PUELLO, Andrés Julio. El pensamiento ético-social en la Encíclica Veritatis Splendor de Juan Pablo II. Santo Domingo: Pontificia Universidad católica madre y maestra (PUCMM), 1990. 107 p.
- RANHER, K. Dignidad y libertad del hombre. Barcelona. En: escritos de Teología, Herder. Citado por VIVAS ALBAN, María del Socorro. La moral de la persona. Madrid: Instituto internacional de teología a distancia José Ortega y Gasset.

- SCHELER, Max. El puesto del hombre en el cosmos. Buenos Aires: Losada, 1938. 118 p.
- SEMEN, Yves. La sexualidad según Juan Pablo II. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2005. 180 p.
- TRUJILLO, Daniel Pbro. De San Pedro a Juan Pablo II breve historia de la Iglesia Católica. Miami: United States Copyright Office, 1987. 239 p.
- WEIGEL, George. Biografía de Juan Pablo II, testigo de esperanza. Barcelona: Plaza y Janés, 2000. 1311 p.
- WOJTYLA, Karol Józef. Amor y responsabilidad, estudio de moral sexual. Madrid: Razón y Fe, 1978. 347 p.
- _____. Persona y acción. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos de la Editorial Católica, 1982. 350 p.
- _____. Max Scheler y la ética cristiana. Madrid: BAC, 1982. 223 p.
- _____. El hombre y su destino. Ensayos de antropología. Madrid: Palabra, 2005. 299 p.
- _____. Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética. Madrid: Palabra, 1998. 367 p.
- _____. El don del amor. Escritos sobre la familia. Madrid: Palabra, 2003. 414 p.

